



La vanguardia del mundo

Cómo América Latina creó la modernidad,
la nación y la democracia en el siglo XIX

JAMES E. SANDERS



SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

LA VANGUARDIA DEL MUNDO
CÓMO AMÉRICA LATINA CREÓ LA MODERNIDAD,
LA NACIÓN Y LA DEMOCRACIA EN EL SIGLO XIX

JAMES SANDERS

La vanguardia del mundo

Cómo América Latina
creó la modernidad, la nación
y la democracia en el siglo XIX

Traducido por
Felipe Escobar



Facultad de
Ciencias Sociales



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2026

Sanders, James

La vanguardia del mundo. Cómo América Latina creó la modernidad, la nación y la democracia en el siglo XIX / James Sanders ; trad. de Felipe Escobar. – Bogotá : FCE, Universidad de Los Andes, 2026

344 p. : ilus., maps. ; 23 × 17 cm – (Colec. Historia)

Título original: *The Vanguard of the Atlantic World: Creating Modernity, Nation and Democracy in Nineteenth-Century Latin America*

ISBN 978-628-7800-61-8

1. Democracia – Historia – Siglo XIX 2. América Latina – Política y gobierno 3. América Latina – Historia – Siglo XIX I. Escobar, Felipe, tr. II. Ser. III. t.

LC F1413.S26

Dewey 980.03 S724v

Distribución mundial

© 2026, James Sanders

© 2026, Felipe Escobar, de la traducción

Título original: *The Vanguard of the Atlantic World: Creating Modernity, Nation and Democracy in Nineteenth-Century Latin America*

D. R. © 2026, Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales

Carrera 1.ª n.º 18A-12, Bloque G-GB, piso 6, Bogotá, Colombia

<http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co>

publicacionesfaciso@uniandes.edu.co

D. R. © 2026, Ediciones Fondo de Cultura Económica S.A.S.

Calle 11 No. 5-60, Bogotá, Colombia

www.fce.com.co

(57) 601 2832200

Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Diagramación interior: Nancy Patricia Cortés

Corrección de estilo: Yecid Muñoz y Laura Porras

Diseño de cubierta: Carmen Paredes

Imagen de cubierta: *Indios de Puracé: provincia de Popayán*. Manuel María Paz.

1853. Fondo Comisión Corográfica 71. Acuarela sobre papel. Colección Biblioteca Nacional de Colombia.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-628-7800-61-8 (rústico)

ISBN 978-628-7800-63-2 (electrónico-epub)

DOI: <https://doi.org/10.51573/Andes.9786287800618.9786287800632>

Impreso en Colombia • *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 000194 del 16 de enero del 2025, Mineducación.

Para Jennifer y Chloe

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo</i>	15
<i>Introducción: la modernidad republicana de América</i>	21
I. <i>Garibaldi, los garibaldinos y la Guerra Grande: Uruguay, 1842-1848</i>	45
El héroe de dos mundos.....	46
Extranjeros y esclavos	50
Los primeros pasos de la modernidad republicana de América	57
Enseñando a Europa.....	61
II. <i>“Un pueblo indigno de vivir entre las naciones civilizadas”: las concepciones de la modernidad después de la Independencia, 1820-1850</i>	63
La modernidad cultural eurófila.....	66
Una fachada republicana	72
El desenfrenado apetito del pueblo	76
“Los derechos que Dios, la naturaleza y la nación me han concedido” ..	84
El fracaso de la nación	90
III. <i>El Batallón San Patricio: México, 1846-1848</i>	95
El Batallón San Patricio.....	95
“Impropios de un siglo civilizado”	99
Los nuevos rusos de las Américas	105
IV. <i>Las águilas de la democracia americana: el florecimiento de la modernidad republicana de América, 1850-1880</i>	116
La tierra de la democracia versus la tierra de la tiranía y la degradación humana	118
El volcán inextinguible de las ideas democráticas	126
Los derechos del hombre en sociedad.....	135
Conceptualizando el pueblo.....	145
La práctica cotidiana.....	151

ÍNDICE

Un pueblo soberano	159
Límites y contradicciones	173
V. <i>Francisco Bilbao y la imaginación atlántica: Santiago, Lima, París, Buenos Aires, 1844-1865</i>	184
La lucha por el alma del mundo atlántico	189
Perspectivas en competencia	196
La Legión de Honor y el bestiario de la imaginación atlántica	203
VI. <i>David Peña y el liberalismo negro: Cali, Colombia, 1851-1878</i>	215
Un ciudadano armado en defensa de la libertad	216
Los liberales negros y el particular encanto del universalismo	226
Modernidad, raza, democracia	232
VII. <i>El colapso de la modernidad republicana de América, 1870-1900</i>	234
Imitar el mundo civilizado	237
La necesidad imperiosa de la vida moderna	251
La saludable dictadura de las regeneraciones	259
La cuchilla del Estado	270
El pueblo excluido	274
La respuesta de las clases subalternas	284
La ruina de la república	292
<i>Conclusión: “un beneficio más nos envía el Nuevo Mundo”</i>	295
Cuba y Costaguana	295
“Tu trueno de los Andes ha impreso un sacudimiento al globo”	300
Donde esos derechos vivían	308
<i>Bibliografía</i>	311
<i>Índice de mapas e ilustraciones</i>	343

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto comenzó en la Biblioteca Nacional de Bogotá mientras leía los periódicos del siglo XIX para mi libro anterior sobre las creencias y acciones populares y políticas de los colombianos. Pasé la mayor parte de mi tiempo investigando cómo los pueblos indígenas, los antiguos esclavos y los pequeños agricultores aparecían en el registro histórico. De vez en cuando, sin embargo, me apartaba de mis búsquedas intensamente locales para echar una mirada a las noticias del mundo que traían estos periódicos decimonónicos. Al principio lo hice como una simple distracción, sacándole el cuerpo a mi verdadero trabajo, ya que me interesaba conocer qué pensaban los colombianos acerca de la guerra civil en Estados Unidos, o de las aventuras de Garibaldi en Italia o del imperio de Maximiliano en México. Después de un tiempo, no obstante, quedé intrigado. Estos escritores colombianos no veían el mundo como a mí me habían enseñado que debían verlo. No añoraban una distante civilización europea, con la esperanza de imitar la última moda proveniente de París, y no se hallaban deprimidos por el triste estado de sus bárbaras repúblicas. Expresaban, por el contrario, una gran confianza en sus propias sociedades, en el conjunto de las Américas y en el lugar que les correspondía a la hora de crear un nuevo futuro para el mundo. Mi esfuerzo por entender esta contradicción, por entender cómo los latinoamericanos del siglo XIX veían el mundo y su lugar en él, se convirtió en este libro.

Desde que empecé la investigación, hace ya algún tiempo, he acumulado más deudas de las que parecen justificadas. Como mi esposa es bibliotecaria, debo empezar agradeciendo a todos los bibliotecarios y archivistas que me han ayudado a lo largo del camino. De todo corazón le doy las gracias al personal del Archivo Central del Cauca, el (viejo) Archivo del Congreso, el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca Luis Ángel Arango, el Archivo del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria y el Archivo Histórico Municipal de Cali en Colombia; el Archivo General de la Nación, el Archivo Histórico del Museo Regional de Guanajuato, los Acervos Históricos de la Universidad Iberoamericana, el Archivo General del Gobierno del Estado de Guanajuato y el Archivo Histórico de Guanajuato en México; el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional y el Museo Histórico Nacional en Uruguay, y la Nettie Lee Benson Latin American Library de la Universidad de Texas, la Latin American Collection de la Universidad de Florida, la Duval County Courthouse y la Merrill-Cazier Library de la Universidad Estatal de Utah en Estados Unidos. Quisiera agradecer muy especialmente a la Biblioteca del Congreso y

al magnífico personal de la División Hispánica —Barbara Tenenbaum, Carlos Olave y Everette Larson—, así como al del Newspaper Reading Room, y en particular a Georgia Higley.

Muchas personas han leído apartes de este manuscrito, me han ayudado a desarrollar las ideas que contiene (aunque solo yo soy el responsable de mis errores) o me han invitado a sus instituciones para presentar mi trabajo: Nancy Appelbaum, Alex Borucki, Andrea Cadelo Buitrago, Constanza Castro, Celso Castilho, Chris Conte, Jennifer Duncan, Frank A. Eissa-Barroso, Mike Ervin, Ann Farnsworth-Alvear, Nils Jacobsen, Brooke Larson, Marixa Lasso, Claudia Leal, Catherine LeGrand, Aims McGuinness, Catalina Muñoz, Francisco Ortega, Ana María Otero-Cleves, Erika Pani, Len Rosenband, Hilda Sabato, Clément Thibaud, Guy Thomson, Isidro Vanegas, Justin Wolfe y los lectores anónimos de Duke University Press. Tengo una deuda especial con George Reid Andrews por todo el apoyo que me brindó a lo largo de los años. Sally Thompson, de la Merrill-Cazier Library, fue de gran ayuda en la elaboración de los mapas de México y Uruguay. Presenté por primera vez algunos argumentos de este libro en un artículo que apareció en la *Latin American Research Review* 46, n.º 2 (2011), y en un ensayo de la compilación *L'Atlantique révolutionnaire: une perspective ibéro-américaine*, editada por Clément Thibaud, Gabriel Entin, Alejandro Gómez y Federica Morelli (Rennes: Les Perséides, 2013). Desde luego, este libro no hubiera sido posible sin la fe de mi editora en Duke, Valerie Millholland, y sin el respaldo de todo el personal de edición y producción de Duke, en especial de Gisela Fosado.

Varias organizaciones contribuyeron a financiar la investigación y la escritura de este libro. El Centro John W. Kluge de la Biblioteca del Congreso prestó un generoso apoyo y un maravilloso entorno físico e intelectual para desarrollar el trabajo. Gracias ante todo a Mary Lou Reker, Carolyn Brown y JoAnne Kitching por hacer que mi tiempo allí fuera productivo y agradable. Disfruté también de becas de la Professional Staff Congress-City University of New York, la New Faculty Research de la Universidad Estatal de Utah y el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Florida, y tuve acceso al persistente apoyo moral y financiero del Departamento de Historia y el Colegio de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Estatal de Utah.

Me gustaría agradecer a Felipe Escobar por su traducción culta y cuidada. Utah State University proveyó fondos para respaldar esa labor. Constanza Castro me ofreció ayuda y consejos indispensables; sin ella, dudo que esta traducción hubiera podido aparecer. Agradezco también el apoyo de todo el equipo editorial de Ediciones Uniandes y a la Universidad de los Andes, especialmente a Natalia Ceballos, Diana López de Mesa Osés, María Victoria González Saavedra, Diana Oliva Muñoz Carvajal, Josefina Marambio Márquez, Julián Cortés Cabrera, Juan Camilo González Galvis y Yecid Muñoz, y al equipo editorial del Fondo de Cultura Económica, en especial a Gabriela Roca Barrenechea, Martín Infante Triana y Olga Naranjo.

Por supuesto, mi familia —comenzando por mis padres, James y Glenda Sanders, y en particular por mi esposa y mi hija— toleró mis distracciones y ausencias mientras trabajaba en el manuscrito, aunque siempre estuvo ahí cuando la necesitaba. Este libro es, en cierto sentido, acerca de cómo imaginamos el futuro. Por lo tanto, lo dedico al mío: Jennifer Duncan y Chloe Austen Sanders.

PRÓLOGO

QUERÉTARO, MÉXICO, 1867

Maximiliano I, archiduque de la dinastía de los Habsburgo y supuesto emperador de México, estaba parado en el cerro de las Campanas, en las afueras de Querétaro, esperando su ejecución en la mañana del 19 de junio de 1867. Había llegado a gobernar México a petición de los conservadores mexicanos —que tras su derrota en la guerra civil estaban indignados con el gobierno liberal— y con el apoyo que le brindaba la monarquía francesa, de mentalidad imperialista, y su ejército invasor. El elegido gobierno republicano de Benito Juárez resistió la invasión en una larga y sangrienta guerra que se prolongó hasta la captura de Maximiliano en 1867, tras la retirada de los franceses. Maximiliano se enfrentó a la muerte con la valentía, la compasión y la completa arrogancia política que habían engendrado en él sus aristocráticos orígenes europeos. Mientras que en vida solía carecer incluso de la comprensión más básica de la arena política mexicana, es posible que delante del pelotón de fusilamiento su mente evocara su llegada a México en 1864. Había venido, afirmaba, a traer “los frutos de la civilización y del verdadero progreso”. De Europa había traído consigo “la bandera civilizadora de la Francia” y su entronización estaba destinada a conducir al “renacimiento del orden y de la paz”¹. La manera como Maximiliano entendía su misión se ajusta bien a la manera como los académicos entienden que la modernidad, la civilización y el progreso surgieron primero en Europa y luego se trasplantaron a una América Latina ingobernable y atrasada.

Sin embargo, cualesquiera que fueran los pensamientos que pasaron por la mente de Maximiliano, pronto fueron extinguidos por las balas de un destacamento de soldados que luchaban por la causa de la república mexicana. Bajo un cielo azul, el malherido emperador cayó tras la primera descarga de fusilería, pero no murió; los soldados tuvieron que darle un tiro de gracia a quemarropa, en pleno corazón, lo que prendió fuego a su casaca.² Para muchos

¹ Discurso de Maximiliano en Veracruz, 28 de mayo de 1864, reimpresso en Villar y Bocanegra, *El prefecto*, en AHMRG-FBPCM. n.º 510.

² *The New York Times*, 16 de julio de 1867; al menos este es el recuento de la ejecución de Maximiliano hecho por su sirviente, publicado en *Le Mémorial Diplomatique*, 10 de octubre de 1867 (París), traducido por Anna Swinbourne en Elderfield, *Manet and the Execution of Maximilian*, 191. Véase también Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*.

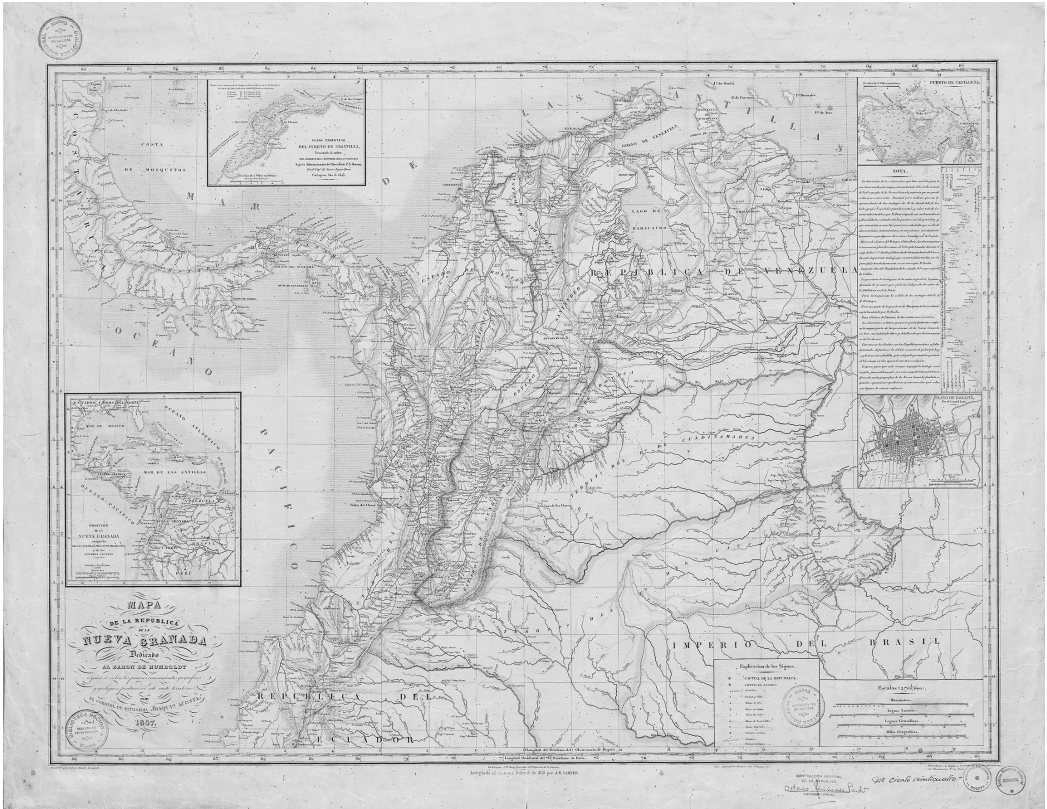
mexicanos, latinoamericanos y otros residentes de las Américas, las balas no solo derribaron a un hombre, sino a la idea misma de que la civilización y la modernidad emanaban de Europa; no solo mataron a un pirata, mejor dicho, sino que enterraron para siempre la posibilidad de un retorno de la monarquía y de un abandono del republicanismo en las Américas. El coronel y escritor liberal mexicano Juan de Dios Arias sostuvo que la ejecución de Maximiliano era “una lección saludable á la Europa”, ya que el triunfo de la “democracia” serviría como un faro de esperanza para los “seres oprimidos del mundo”³. Los patriotas mexicanos no solo habían salvado a su país, también habían favorecido la extensión del republicanismo democrático a lo largo y ancho del globo. El árbol de libertad había sido regado con la sangre de los tiranos.

MAPA 1. *México después de 1854*



FUENTE: Daniel Dalet, d-maps.com

³ Arias, *Reseña histórica*, 267, 718-719.

MAPA 2. *Nueva Granada*, 1858

FUENTE: BN-AGN, <https://tinyurl.com/ys9tbb83>

La ejecución de Maximiliano fue un acontecimiento de importancia histórica mundial que encendió una tormenta de debates acerca del significado y el lugar de nacimiento de la modernidad. Su muerte cautivó la imaginación de todo el planeta, al tiempo que los políticos y los ensayistas se apresuraban a dar algún sentido a la noticia. El *Diario de la Marina*, publicado en La Habana, dedicó tanto espacio al cubrimiento del evento que algunos de sus lectores se quejaron. El periódico, no obstante, defendió su exhaustiva investigación argumentando que el debate surgido a raíz del hecho constituía “una cuestión universal”⁴. La noticia dejó tan pasmado a todo el mundo que incluso inspiró a Edouard Manet a reconsiderar la escuela de pintar la historia, entonces pasada de moda, así que sus complejos óleos imaginando la ejecución parecen captar,

⁴ *Diario de la Marina*, 21 de julio de 1867.

en su mayor parte, toda la violencia del evento.⁵ Más allá de su espectáculo, la muerte de Maximiliano suscitó —y de hecho respondió— múltiples preguntas sobre lo que significaba la modernidad. ¿Quién era su agente? ¿Cómo podía obtenerse? ¿Dónde podía realizarse? En la distante ciudad de Buenos Aires, el exiliado intelectual chileno Francisco Bilbao había seguido las primeras etapas del conflicto entre México y Francia. Aquejado por una enfermedad incurable que lo llevaría a la muerte en 1865, escribió enfurecido que la lucha contra la intervención francesa en México hacía parte de la titánica batalla de la “civilización americana contra la civilización europea”⁶. El republicanismo era el que definía esta civilización americana y el que proveía su fuerza y señalaba su camino hacia el futuro. Mientras Maximiliano y los conservadores mexicanos consideraban que Europa era la fuente de la civilización, Bilbao creía que era un decrepito depósito de ruinas: “Allá la monarquía, la feudalidad, la teocracia, las castas y las familias imperantes; acá la democracia”⁷. Más cerca de los acontecimientos, los habitantes de San Felipe, un pueblo pequeño en el centro de México, se habían reunido en 1862 para decidir qué hacer con la invasión francesa. Decidieron luchar, convencidos de que su causa no concernía solo a México, sino a “todas las naciones”, y en particular a aquellas que “nos contemplan [...] esperando ansiosas el desenlace de una contienda en que la humanidad, la civilización y el progreso están altamente interesados”⁸. Tal vez más que cualquier otro acontecimiento similar, el fusilamiento de Maximiliano parecía confirmar el triunfo de una visión de la modernidad que celebraba el republicanismo, los derechos humanos y aun la democracia —conseguidos todos ellos en las Américas— como elementos definitorios de la civilización moderna. A esta contravisión de la civilización y del progreso la llamo *la modernidad republicana de América*. Cómo surgió esta cultura republicana de la modernidad en el continente, y en especial en América Latina después de su independencia de España; qué significó dicha cultura no solo para la región sino para el resto del mundo, y por qué colapsó a finales del siglo XIX son los temas de este libro.

Maximiliano, Bilbao, Arias y los buenos ciudadanos de San Felipe habían participado cada uno a su manera en un debate que consumió al mundo del siglo XIX: el de qué significaba pertenecer a una sociedad moderna y civilizada, y el de qué camino debían recorrer las naciones que buscaban triunfar en la carrera a la modernidad. La derrota de Europa y de los conservadores mexicanos —Maximiliano, al fin y al cabo, no era más que un figurón subalterno— marcó el triunfo y hasta cierto punto el apogeo de la idea de que el futuro de la humanidad estaba en las Américas y, en particular, en esas tierras lejanas que ahora se conocen con el nombre de América Latina. Bilbao,

⁵ Elderfield, *Manet and the Execution of Maximilian*, 11, 47, 86, 120.

⁶ F. Bilbao, “El evangelio americano”, 419.

⁷ F. Bilbao, “El evangelio americano”, 425.

⁸ Muñiz, *Protesta*, en AHMRG-FII, n.º 530.

Arias y los aldeanos mexicanos argumentaban que la democracia y el republicanismo definían la civilización moderna. Y si eso era así, ninguna otra parte del mundo era tan moderna como América Latina, ya que en ninguna otra parte había sido adoptado de manera tan extensa el republicanismo democrático. Desde luego, la mejor prueba de la importancia que tenía la democracia latinoamericana no eran los reclamos de personas como Bilbao, Arias y los aldeanos mexicanos, sino las prácticas reales y cotidianas sobre el terreno. La inmensa mayoría de las repúblicas decimonónicas del mundo estaba en América Latina, pero durante demasiado tiempo los historiadores se han unido a Maximiliano en su empeño de denigrar el republicanismo latinoamericano del siglo XIX como una simple y llana fachada corrupta.⁹ ¿Qué pasaría si tomáramos en serio las afirmaciones y creencias de Bilbao, Arias y los aldeanos mexicanos? Y si así lo hiciéramos, ¿lograríamos que los historiadores repensaran los orígenes y los significados del republicanismo, la democracia y la modernidad en el mundo atlántico?

⁹ Huntington, "Political Modernization"; Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*.

INTRODUCCIÓN

LA MODERNIDAD REPUBLICANA DE AMÉRICA

Cuando los conservadores mexicanos le ofrecieron el trono, Maximiliano asumió que su deseo de tener un emperador significaba que el experimento republicano en América Latina había fracasado. Aunque cayó fusilado en medio de la derrota del ejército francés, la importancia de América Latina para el desarrollo del republicanismo, de la democracia y de la formación del mundo atlántico se descarta hoy con similar ceguera a la que era usual en tiempos de Maximiliano. Este rechazo a conceder legitimidad a los experimentos republicanos de la región ha obstruido una poderosa posibilidad alterna para organizar la sociedad y entender el futuro que emergió en la América Latina del siglo XIX. Como se anotó en el prólogo, denominaré a esta alternativa *la modernidad republicana de América*. De acuerdo con esta manera de pensar, contraria a los prejuicios que estuvieron y continúan estando en boga, los latinoamericanos no definieron una modernidad atada a la cultura europea y a su civilización, sino que celebraron una imaginada modernidad localizada en América, una modernidad cuya definición era inherentemente política. Los pueblos latinoamericanos representaban el futuro porque habían adoptado el republicanismo y la democracia mientras que Europa, bajo las botas de los monarcas y los aristócratas, vegetaba en el pasado.¹ La modernidad de América enfatizaba la política republicana como una de sus marcas esenciales. Este republicanismo no implicaba la mera salvaguardia de los derechos políticos y personales de una élite de individuos privilegiados; por el contrario, los grupos populares (para utilizar el lenguaje con que en el siglo XIX se designaba a las clases bajas o subalternas) infundieron republicanismo al reto democrático de los derechos sociales y económicos. Aunque se inició en América Latina como un proyecto dominado por las élites, la legitimidad y la importancia del republicanismo crecieron debido a las demandas de los sectores populares, que pretendían que la nación

¹ Hilda Sabato, en un excelente ensayo, también argumenta que los hispanoamericanos pensaban que el republicanismo los ponía en el centro de la modernidad (“La reacción de América”). Guy Thomson describe un período de “optimismo democrático” en España y México durante el siglo XIX, cuando las clases medias liberales asumieron la causa de la modernidad (“Mid-Nineteenth-Century Modernities”, 75). Con un enfoque más institucional, Fernando López-Alves también sostiene que América Latina creó su propia modernidad basada en el republicanismo (“Modernization Theory Revisited”, 248). Para una versión única de las modernidades de mediados del siglo véase Dunkerley, *Americana*.

se abriera a las personas de diferentes clases y orígenes raciales. La fortaleza de estas demandas hizo del universalismo —la idea de que todos los individuos, a pesar de sus diferencias de clase, raza o nacionalidad, comparten una fraternidad humana básica y gozan del mismo derecho a la ciudadanía— un principio central de la política republicana en América. Si bien es cierto que el universalismo es visto ahora con profunda desconfianza por parte de la izquierda posmoderna, fue una de las herramientas más poderosas para desafiar el dominio de las viejas jerarquías, tanto a escala global, entre los poderes imperiales del Viejo Mundo y las naciones débiles y combativas del Nuevo Mundo, como a escala local, entre los terratenientes y los campesinos y entre el amo y el esclavo.

Esta cultura política alternativa solo puede ser comprendida en el contexto atlántico, ya que sus practicantes latinoamericanos la entendieron como un experimento en el marco de dicha estructura. Consideraron su política como la culminación de una tradición que se remontaba a la Era de la Revolución y que abarcaba todo el mundo atlántico. Aunque reconocían la suprema importancia de las revoluciones norteamericana y francesa, pensaban que sus sociedades continuaban y perfeccionaban ambas tradiciones. Después de todo, la Revolución francesa había fracasado y, a mediados del siglo XIX, los latinoamericanos veían que Francia regresaba a la monarquía, gobernada por un corrupto pretendiente de pasadas glorias a quien se referían como Napoleón el Chico.² Estados Unidos, sin embargo, casi siempre fue visto como un gran éxito, y no como una nación que seguía un camino distinto, sino como una república hermana que viajaba en la misma dirección del resto de la América española. No obstante, aunque por lo general era considerada una república modelo, Estados Unidos también podía desilusionar a los latinoamericanos debido a sus deseos imperialistas, que eran anatema para el carácter distintivo de la ética republicana, y también a su opresión racial.

En efecto, el centro de la modernidad no era Europa sino el Nuevo Mundo. Ya para la década de 1860, en muchas partes de América Latina había emergido el consenso de que el futuro del mundo se encontraba en sus sociedades. Una confianza similar había existido durante algunos períodos de las guerras de independencia e inmediatamente después, pero para muchos sectores sociales, esta confianza dejó de ser un discurso dominante cuando los dueños de la esfera pública volvieron a mirar hacia Europa como el modelo por excelencia de la civilización y del progreso. Hacia mediados del siglo, sin embargo, aunque no pocos latinoamericanos continuaban admirando la cultura y el poder económico del Viejo Continente, la política republicana de las Américas había cambiado el lugar de la civilización. En 1864, el republicano español Emilio Castelar llamó *civilización americana* a lo que yo denomino *la modernidad republicana de América*, una civilización basada

² *El Siglo Diez y Nueve*, reimpresso en *La Alianza de la Frontera*, 8 de enero de 1863.

no en las normas europeas, como había sido costumbre desde la época de la Colonia, sino en el republicanismo y la democracia.³ Un periódico mexicano de provincia afirmó solemnemente que la “democracia” y el hecho de haber “alcanzado entre nosotros los últimos progresos del saber humano” habían convertido a México en una nueva nación, “nivelándonos con las viejas civilizaciones” europeas. Según esta visión de las cosas, México no solo había alcanzado el mismo nivel civilizatorio de sus antiguos amos coloniales, sino que había resucitado “el genio republicano de la Francia” y despertado “á los súbditos y á los esclavos”⁴. Un periodista colombiano puso el asunto en términos aún más sucintos cuando escribió, también en 1864, que “la Europa es toda el pasado. La América el porvenir”⁵. La civilización, que antes se definía según los parámetros de Europa, había pasado a las Américas. Francisco Bilbao, el más importante intelectual que promovió estas ideas, proclamó que Europa, carente de una verdadera libertad, se había degenerado a causa de su monarquía, de su imperialismo y de su ausencia de justicia. Europa tendría que esperar a que América regenerara “el espíritu de la vieja Europa”. Bilbao, al igual que toda una generación en su mayoría desconocida de políticos, periodistas de provincia y escritores menores, se reafirmaba en lo que para él era un simple hecho acerca de la naturaleza de las sociedades decimonónicas y del futuro del mundo: “La civilización hoy es América y República”⁶.

Ciertamente, los latinoamericanos del siglo XIX pensaban que el experimento de sus sociedades con el republicanismo y sus consecuencias representaba un momento clave de la historia mundial. Este solo hecho parece ser una razón más que suficiente para que sus ideas y prácticas merezcan un estudio detallado y concienzudo. No obstante, en las páginas que siguen argumentaré también que este momento, cuando la América española produjo una visión alternativa de lo que sería el futuro y el ámbito geográfico donde tendría lugar —una modernidad que contrastaba con la del Atlántico norte—, es un momento histórica y políticamente importante y no solo un reto quijotesco a la historia intelectual del mundo atlántico.⁷ La modernidad republicana de América desafió los dogmas dominantes del mundo decimonónico: la primacía de Europa como centro imperial y las realidades materiales del capitalismo como determinadoras del futuro. Esta contravisión de la modernidad también nos

³ Emilio Castelar, “Política de Napoleón en América”, *La Bandera Nacional*, 14 de mayo de 1864.

⁴ “El voto del pueblo”, *La Libertad*, reimpresso en *La Alianza de la Frontera*, 28 de agosto de 1862.

⁵ *El Caucaño*, 3 de noviembre de 1864.

⁶ F. Bilbao, “Emancipación del espíritu en América”, 551.

⁷ Muchos teóricos han señalado que las sociedades no europeas se apropiaron de los llamados *conceptos occidentales*, como los derechos, para sus propios y con frecuencia anticoloniales fines. Véanse, por ejemplo, Bayly, *The Birth of the Modern World*, 3; Winichakul, “The Quest for ‘Siwilai’”. Sin embargo, afirmo que los latinoamericanos no se apropiaron de la modernidad europea, sino que crearon su propia modernidad, que luego se extendería a Europa. Para una visión de las modernidades alternativas véase Pratt, “Modernity and Periphery”, 28-39.

obliga a repensar las complejidades del liberalismo latinoamericano, ya que demuestra que no se limitó a absorber el pensamiento europeo, sino que reveló las posibilidades —y las fracturas— de un liberalismo que desde entonces se han perdido. Por último, aunque la modernidad republicana de América puede ser más interesante como alternativa perdida o como camino desechado, muchos de sus problemas y preocupaciones reemergerían durante el siglo xx en el populismo de algunos movimientos políticos y culturales.

En un siglo xix que se caracterizaría cada vez más por el imperialismo, el capitalismo industrial, el racismo científico, el nacionalismo patriótico y el crecimiento del poder de los Estados, la modernidad republicana de América representaba un reto de inocultables proporciones. Los movimientos intelectuales, sociales y políticos de la América española reconfigurarían los más poderosos conceptos del mundo decimonónico y se apropiarían de ellos: el republicanismo, la democracia, los derechos humanos, el universalismo, el liberalismo y la raza. Todos estos llamativos discursos se combinarían en una narrativa maestra del futuro y su significado, que sería el sentido dominante de la modernidad hispanoamericana durante una época corta pero crítica de la historia mundial. Como el florecimiento de la modernidad republicana de América fue tan breve, en el mejor de los casos desde la década de 1840 hasta la de 1870, sería fácil descartarla como un curioso hipo momentáneo. Sin embargo, su importancia se extiende más allá de América Latina. Todos los discursos referidos atrás —el republicanismo, la democracia, los derechos humanos, el universalismo, el liberalismo y la raza— llevan el sello de “Occidente”, y los académicos y los políticos celebran o denigran la herencia y los orígenes occidentales de estas nociones, considerándolas ora generosos regalos de la Ilustración europea a la humanidad, ora una siniestra hegemonía imperialista que busca subyugar a los pueblos no occidentales, una intención que se hace más evidente en lo que tiene que ver con la raza, pero que se extiende a todos los demás conceptos.⁸ No obstante, si dirigimos la mirada a la Europa del siglo xix, comprobaremos que aunque una minoría heroica defendía el republicanismo, la democracia, los derechos humanos y el universalismo, estas ideas no parecen haber imperado en la mayoría de las sociedades europeas. Fue en las Américas, a pesar de sus intensas contradicciones, donde encontraron el fecundo suelo que les permitió crecer. Fue en las Américas donde las ideas de la Ilustración sobrevivieron, prosperaron y evolucionaron. Fue en las Américas donde, como han señalado Laurent Dubois y Nick Nesbitt, nació el universalismo,⁹ y fue en las Américas donde las prácticas cotidianas del republicanismo, la democracia y los derechos humanos

⁸ Incluso los académicos que critican la modernidad tienden a caer en las “ideas occidentales” como un producto de la modernidad europea. Véase, por ejemplo, BenDor Benite, “Modernity”, 649.

⁹ Dubois, *A Colony of Citizens*, 4-5, 28, 167-168; Nesbitt, *Universal Emancipation*. Véanse también Cooper, *Colonialism in Question*, 21; Ferrer, “Haiti, Free Soil, and Antislavery”.

ocurrieron realmente y donde el pueblo las experimentó sobre una base diaria. Al contrario del republicanismo y la democracia, el liberalismo y la raza fueron increíblemente influyentes en Europa, pero fue en las Américas, y en particular en América Latina, donde tanto las élites como los sectores populares lograron infundir en el liberalismo individual un sentido más poderoso de la libertad, la igualdad y la fraternidad (de la comunidad, en una palabra). Fueron los latinoamericanos los que desafiaron la importancia y el significado de la raza, postulando el universalismo como una convincente fuerza opositora. Edward Said ha sostenido que el imperialismo creó en Europa el hábito y la presunción de que los dones de la historia y del intelecto fluyen en una sola dirección: de la metrópoli a la periferia. Empero, la experiencia latinoamericana del siglo XIX no solo afirma otra cosa —que la influencia también fluyó del Nuevo Mundo al Viejo—, sino que invalida la tesis de que Europa era la metrópoli¹⁰. Sale del alcance de este libro y de mis limitadas capacidades argumentar que estas ideas no hubieran sobrevivido, u obtenido la eventual importancia que adquirieron en el mundo, sin la experiencia de América Latina en el siglo XIX. Sin embargo, me reafirmo en que fue en América Latina, y no en el Occidente europeo, donde el potencial progresista de estas ideas prosperó al tiempo que se extinguía en otras partes durante el siglo XIX.

UNA HISTORIA OCULTA

Si esta visión de la modernidad republicana de América no era extraña en la América Latina del siglo XIX, ¿por qué suena tan sorprendente en el siglo XXI? En primer lugar, como se anotó, la mayoría de los académicos profesionales de la modernidad, comenzando por Hegel, está de acuerdo en que Europa —y tal vez Estados Unidos— crearon las condiciones para la modernidad y la exportaron al resto del mundo.¹¹ Anthony Giddens afirma que en la forma del Estado nación y del capitalismo, la modernidad tuvo sus “raíces en las características específicas de la historia europea” y se extendió después a todo el planeta, un planteamiento que aceptan incluso muchos latinoamericanistas.¹² C. A. Bayly anota que otras sociedades se acercaron a la modernidad europea, pero considera que la modernidad, en última instancia, ocurrió antes y de

¹⁰ Said, *Culture and Imperialism*, 41. Véase también Ben-Dor Benite, “Modernity”, 638-639, 642-643.

¹¹ Dallmayr, *G. W. F. Hegel*.

¹² Giddens, *The Consequences of Modernity*, 174. Véase también Iparraguirre y Campos Goenaga, “Presentación”, 5-6. Para una visión más compleja véase Coronil, *The Magical State*, 69-75. Para Charles Taylor, la modernidad occidental puede ser solo una forma de modernidad, pero se ratifica en que fue el primer modelo (*Modern Social Imaginaries*). Véase también Bonnett, *The Idea of the West*, 163.

manera “más poderosa” en Europa y Estados Unidos.¹³ Para Marshall Berman fue solo en el siglo xx cuando la modernidad salió de Europa y Estados Unidos para transformar el mundo.¹⁴ Si la modernidad tocó a América Latina, sostiene un conocido historiador, se trató de una modernidad “corrupta y defectuosa”¹⁵. Para José Maurício Domingues, muchos intelectuales latinoamericanos creían que sus países solo habían experimentado “una incompleta y degradada forma de modernidad”¹⁶. Incluso aquellos académicos poscoloniales que le endilgan a la modernidad la crítica de no ser más que un mito creado por Europa para justificar la colonización y la violencia ejercida contra los pueblos “bárbaros” con el fin de civilizarlos, admiten que la modernidad es un fenómeno europeo y que América Latina fue “la primera periferia de la Europa moderna”¹⁷.

Para muchos de estos académicos, la modernidad no solo es europea, sino que sus elementos políticos, el Estado nación y el republicanismo, no pueden existir realmente en América Latina (nuestra segunda razón para explicar la baja visibilidad que ha tenido la modernidad republicana de América). En su tratado acerca de la historia atlántica, Bernard Bailyn señala que los vínculos tardíos de América Latina con la Era de la Revolución terminaron en “el colapso de las nuevas repúblicas latinoamericanas”, convirtiéndolas en “feudos despóticos y anárquicas ciudades-Estado”¹⁸. David Landes se burla de las nuevas repúblicas de América Latina cuando las tilda de “novelones baratos de conspiraciones, camarillas, golpes y contragolpes, con todo lo que esto implicaba en inseguridad, mal gobierno, corrupción y atraso económico”. Estas sociedades, según Landes, “no eran ‘modernas’ unidades políticas”¹⁹. Aunque menos vitriólico, Howard Wiarda también piensa que la democracia es esencialmente ajena a los principios fundacionales latinoamericanos, que eran de carácter feudal, estatista, corporativista y, ciertamente, no “moderno”, como lo eran los de Estados Unidos.²⁰ Lawrence Harrison descarta simplemente cualquier historia del republicanismo democrático en la región, alegando que solo en la década de 1990 experimentaron los latinoamericanos, “por primera vez”, las

¹³ Bayly, *The Birth of the Modern World*, 12. Véase también Eisenstadt, “Multiple Modernities”.

¹⁴ Berman, *All That Is Solid*, 17.

¹⁵ P. Johnson, *The Birth of the Modern*, 701.

¹⁶ Domingues, *Latin America and Contemporary Modernity*, ix.

¹⁷ Dussel, “Eurocentrism and Modernity”, 67. Véase también Mignolo, *The Idea of Latin America*, 57-58. No estoy tratando el modernismo, desde luego, pero muchos académicos del modernismo en América Latina también asumen que esta no había experimentado la modernidad cuando adoptó el modernismo. Véase también Guillén, “Modernism without Modernity”, 6-7.

¹⁸ Bailyn, *Atlantic History*, 110.

¹⁹ Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*, 313. Véase también Huntington, “Political Modernization”.

²⁰ Wiarda, *The Soul of Latin America*, 8. Véanse también Dealy, “Prolegomena”; Duncan, *Latin American Politics*, 17-18; Schneider, *Comparative Latin American Politics*, 16-21; Worcester, “The Spanish-American Past”.

instituciones democráticas.²¹ A lo mejor de manera inconsciente, estos académicos aceptan como hechos, en vez de como simples opiniones, los puntos de vista raciales que desplegaban algunos de los observadores estadounidenses del siglo XIX, que no veían ninguna conexión entre las revoluciones de América Latina y su propia sociedad republicana, ya que los republicanos del sur del río Bravo eran “gentes degeneradas” con historias y capacidades muy distintas.²² Incluso entre los latinoamericanistas hace parte de la sabiduría convencional concebir la independencia de América Latina como un asunto de las élites, pues los subordinados del siglo XIX eran personas prepolíticas que solo protegían sus formas tradicionales de vida del mundo exterior o que solo participaban en política en calidad de carne de cañón de poderosos patronos clientelistas.²³ La nación y el republicanismo no significaban nada para ellos. En palabras de Richard Morse, los países latinoamericanos no eran más que “naciones fantasma”²⁴. Para muchos teóricos de la cultura, como el republicanismo estaba tan estrechamente unido a la nueva entidad de la nación, y como la nación era una construcción elitista condenada a fracasar en la tarea de incorporar a los subordinados, el republicanismo también era, *a priori*, un fracaso.²⁵ Para los historiadores conservadores y clásicamente liberales, el problema no era tanto la forma de la nación, sino el hecho de que las naciones latinoamericanas no habían logrado desarrollarse adecuadamente, al menos según los lineamientos europeos. En efecto, todo el período de formación de la nación y del Estado, desde la Independencia hasta el despegue capitalista, a grandes rasgos entre 1820 y 1880, lejos de ser un aspecto central de su narrativa maestra, no era más que una “larga espera” en el curso de la historia de América Latina.²⁶ Para Colombia, David Bushnell dio a su libro el título *Colombia. Una nación a pesar de sí misma*. Eric Hobsbawm, a quien no se puede considerar un compañero ideológico de Landes, también desvaloriza en comparación con Europa los intentos latinoamericanos de construir instituciones nacionales y republicanas: “Sería anacrónico en nuestro período”, escribe, “hablar de algo más que de un

²¹ Harrison, *The PanAmerican Dream*, 2. Véase también Fernández-Armesto, *The Americas*, 133-134. Paul Drake adopta una visión más balanceada, pero aún considera que la democracia “fracasó” en la América Latina del siglo XIX (*Between Tyranny and Anarchy*, 124).

²² Para los Estados Unidos del siglo XIX y la cita véase Bradburn, *The Citizenship Revolution*, 303.

²³ Mark Thurner recalca un punto similar (“After Spanish Rule”, 21-22). Para la Independencia véase Anderson, *Imagined Communities*. Para el pueblo véase Burns, *The Poverty of Progress*, 1. Para las relaciones clientelistas véase Chasteen, *Heroes on Horseback*. Para la política véanse Bushnell y Macaulay, *The Emergence of Latin America*; Lynch, *The Spanish American Revolutions*; Wiarda, *The Soul of Latin America*, 143. Para una crítica poscolonialista de las naciones como élite véase Klor de Alva, “The Postcolonization”, 251.

²⁴ Morse, “Claims of Political Tradition”, 84. Véase también Vargas Llosa, *Liberty for Latin America*, 28-33.

²⁵ Latin American Subaltern Studies Group, “Founding Statement”, 117.

²⁶ Halperín Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, 135. Véase también Duncan, *Latin American Politics*, 17-18.

embrión de la ‘conciencia nacional’ colombiana, venezolana, ecuatoriana, etcétera”²⁷. En el mapa mundial del republicanismo de Hobsbawm, en 1847 la mayor parte de Sudamérica se encuentra oscurecida por una inserción europea (aunque Suiza era la única república de Europa en la época), lo que enfatiza visualmente la marginalidad de América Latina.²⁸

La comparación entre Hobsbawm y Landes sugiere, asimismo, una tercera razón por la cual los académicos no han concedido al republicanismo latinoamericano la importancia que merece: una visión republicana de la modernidad no es teleológica de manera apropiada si no es ni marxista, ni conservadora ni liberal clásica. Para algunos marxistas, el republicanismo y la nación son simples distracciones de la organización de los trabajadores basada en sus orígenes de clase, que en América Latina no comienza realmente sino a finales del siglo XIX. Para los conservadores y los liberales clásicos, la ausencia de orden y de desarrollo económico en América Latina sugiere que los países de la región no eran repúblicas reales y, dado el fracaso de su desarrollo capitalista, no eran tampoco exitosas o modernas. No puede uno sino sentir el hondo compromiso de estas tesis con la idea de *Occidente* —un concepto usado repetidamente en el libro de Bailyn sobre la historia atlántica, a pesar de ser anacrónico en el siglo XVIII, en el que Bailyn se concentra—, y con la protección del papel desempeñado por Occidente como instigador de la libertad humana.²⁹ La historia de América Latina en lo que se refiere al desarrollo del republicanismo y la modernidad complica esta versión de los hechos, por decir lo menos, ya que sitúa el desarrollo del republicanismo y de la democracia en el marco atlántico, centrado en América Latina, y no en el marco occidental, centrado en Europa y Estados Unidos.³⁰

La cuarta y más importante razón por la cual este discurso ha sido ignorado es que muchos latinoamericanos del siglo XIX, en especial los letrados políticos más eminentes e influyentes de la región, estuvieron de acuerdo con los académicos de hoy en lo que atañe a las definiciones y los lugares de nacimiento de la modernidad³¹. Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi,

²⁷ Hobsbawm, *The Age of Revolution*, 142-143. Véanse también Mignolo, *Local Histories / Global Designs*, 137-138; Quijano, “Coloniality of Power”, 214-218.

²⁸ Hobsbawm, *The Age of Capital*, 312.

²⁹ Para promover el Occidente, véanse Headley, *The Europeanization of the World*; McNeill, *The Rise of the West*, 731. Para el uso de Occidente véanse Alonso, *The Burden of Modernity*, 15; Bailyn, *Atlantic History*, “Preface”, 8, 9, 12, 13, 17, 24, 27, 55, 104, 107, 109; Domingues, *Latin America and Contemporary Modernity*, IX-XVII; Mignolo, *The Darker Side*. Para el Occidente que incluye pero se diferencia de América Latina véase Carmagnani, *The Other West*. Para el Occidente como un anacronismo véase Bonnett, *The Idea of the West*, 5.

³⁰ Samuel Huntington ha sido uno de los autores más vociferantes en su intento de excluir a América Latina de Occidente (*Who Are We?*).

³¹ Thurner, “After Spanish Rule”, 29. Para las visiones de la modernidad que tenían los letrados véanse Alonso, *The Burden of Modernity*; Arciniegas, *Latin America*, 314-377; Arias Vanegas, *Nación y diferencia*; Cancino, *Los intelectuales latinoamericanos*; Martínez, *El nacionalismo cosmopolita*; Melgarejo Acosta, *El lenguaje*; Rama, *La ciudad letrada*; C. Rojas, *Civilization and Violence*.

frecuentes rivales políticos, concordaban en que Europa era la “única civilización conocida” y en que la condición de América Latina durante el siglo XIX no era la de punta de lanza del futuro, sino la de algo parecido a la “Europa en la Edad Media”³². Para Sarmiento, uno de los intelectuales decimonónicos más famosos de América Latina, la alternativa era entre civilización europea y barbarie: “Ser o no ser *salvajes*”³³. Muchos historiadores y críticos literarios han aceptado el criterio de Sarmiento como la visión más representativa de los latinoamericanos acerca de la modernidad, hasta el punto de ignorar por completo los puntos de vista contrarios de otros intelectuales. Incluso los teóricos de la cultura con inclinaciones posmodernistas, tan críticos del esencialismo de Sarmiento, asumen que su trabajo definió la forma de pensar de la región durante el siglo XIX.³⁴ El gran Fernand Braudel sostiene que “durante un largo tiempo, la única civilización que conocía América Latina era extraña a ella: una copia fiel, hecha por un grupo de personas altamente privilegiadas, de la civilización europea, con todos sus refinamientos”³⁵. E. Bradford Burns afirma que después de la Independencia, “la civilización y el progreso que condujeron a ella se volvieron identificables con Europa”, y en la medida en que el siglo XIX iba transcurriendo, las élites aceptaron como dogma la idea de que solo Europa había creado “una civilización deseable que valía la pena emular”³⁶. Los editores de un volumen reciente titulado *La modernidad importada en la formación del Estado poscolonial* insisten en que los latinoamericanos siempre pensaron que sus sociedades estaban tratando de “alcanzar” a Europa.³⁷ Jorge Larraín piensa que la añoranza de los latinoamericanos por la modernidad europea y su imitación de esta fueron una “completa rendición cultural”³⁸. Aníbal Quijano debilita con destreza la presunción de Europa cuando se define a sí misma como el centro de la modernidad, pero a renglón seguido admite que sus súbditos coloniales y poscoloniales aceptaron dicha presunción.³⁹ El argumento de que los latinoamericanos buscaron rehacerse a sí mismos “a imagen y semejanza de Europa” es todavía, en muchos sentidos, la narrativa maestra que permite

³² Alberdi, *La monarquía*, 87, 305.

³³ Sarmiento, *Facundo*, 1:17.

³⁴ Alonso, *The Burden of Modernity*, 20-23, 50-65; Brading, *The First America*, 628; Ching, Buckley y Lozano-Alonso, *Reframing Latin America*, 190; Mignolo, *The Idea of Latin America*, 57-58; Ortiz, “From Incomplete Modernity”; Véliz, *The Centralist Tradition*, 163-183.

³⁵ Braudel, *A History of Civilizations*, 454.

³⁶ Burns, *The Poverty of Progress*, 18, 20.

³⁷ Roldán Vera y Caruso, “Introduction”, 9. Véanse también Iparraguirre y Campos Goenaga, “Presentación”, 5-6; Pratt, “Modernity and Periphery”, 30-31.

³⁸ Larraín, *Identity and Modernity*, 90. Véase también Franco, *The Modern Culture*; Morse, “Claims of Political Tradition”, 85, 99. Incluso los académicos interesados en diferentes concepciones de la modernidad se han concentrado más que todo en los escritos de las élites intelectuales disidentes, especialmente en los de José Martí. Véase, por ejemplo, Ramos, *Divergent Modernities*.

³⁹ Quijano, “Coloniality and Modernity/Rationality”, 176. Véanse también Alonso, *The Burden of Modernity*, 32; Mignolo, *The Idea of Latin America*, 66.

entender la vida del siglo XIX.⁴⁰ Para muchos académicos de la cultura de América Latina, es solo con el surgimiento de un modernismo puramente cultural, a finales del siglo XIX y principios del XX, que los latinoamericanos establecieron su independencia intelectual de Europa y empezaron a desafiar el concepto mismo de la *modernidad europea* u *occidental*.⁴¹

Finalmente, la quinta razón por la cual la apropiación del manto de la modernidad por parte de América Latina —o, más precisamente, de la América española— ha sido relegada a la memoria histórica es que el período en el que América Latina lo reclamó fue breve. Varias corrientes de la modernidad compitieron a lo largo del siglo XIX, todas en paralelo; sin embargo, en distintas instancias geográficas y cronológicas, una corriente podía volverse dominante y dirigir el flujo de las demás. En este libro trazo las instancias en que la modernidad republicana de América reinó en México y Colombia a partir de finales de la década de 1840. No obstante, como se trataba de un discurso transnacional, también muestro que los colombianos y los mexicanos no estaban solos en este empeño, sino que compartían sus visiones con otros pueblos americanos, como los chilenos, los uruguayos y los cubanos. La modernidad republicana de América siempre compitió con visiones provenientes de Europa o estrechamente asociadas con ella (y más tarde, con Estados Unidos). Luego de que se marchitara el primer arrebato de optimismo posterior a la Independencia, las visiones que celebraban la alta cultura y la riqueza de Europa —lo que llamo la *modernidad cultural eurófila*— predominaron a principios del siglo. En la medida en que el tiempo avanzaba emergió lo que reconocemos fácilmente como la *modernidad industrial de Occidente*, con su foco en los avances científicos, tecnológicos, comerciales e industriales y, críticamente, asociada con el incremento del poder del Estado, que se manifestó con frecuencia en renovados proyectos imperiales⁴². Estas corrientes en competencia delimitaron en forma dramática las capacidades de los subordinados para hacer reclamos ante los organismos estatales y nacionales durante el siglo XIX. Hacia los decenios de 1870 y 1880, la modernidad occidental triunfó, enterrando la modernidad republicana de América como una visión del futuro en el siglo XIX y del pasado para los historiadores de hoy. El auge de la modernidad occidental presagió por varias décadas el concepto mismo de *Occidente*, que solo surgió a finales del siglo, aunque los dos estuvieron relacionados. Tanto en Occidente como en la modernidad occidental, las sociedades latinoamericanas

⁴⁰ Eakin, *The History of Latin America*, 253. Véanse también Carmagnani, *The Other West*, 179; Ortiz, “From Incomplete Modernity”, 251; Quijano y Wallerstein, “Americanness as a Concept”, 556; C. Rojas, *Civilization and Violence*, xxvi, 5, 105.

⁴¹ Guillén, “Modernism without Modernity”, 6-7; Mejías-López, *The Inverted Conquest*, 9, 15-33; N. Miller, *In the Shadow*; Pratt, “Modernity and Periphery”; Quijano, “Coloniality of Power”, 190-191.

⁴² Para la modernidad occidental véase Taylor, *Modern Social Imaginaries*, 195-196. Mignolo cree que la modernidad occidental tiene raíces cronológicas más profundas (*The Darker Side*).

ya no eran lugares del progreso humano, sino una periferia distante y apenas legítima luchando por ser incluida en la familia de las naciones que ahora representaban el futuro⁴³. América Latina solo podía estar en camino hacia el progreso, siempre a la caza o tratando de importar una modernidad distante localizada en otra parte; en el mejor de los casos, un furgón de cola detrás de la locomotora de la modernidad occidental.

Sin embargo, antes de este colapso, una generación de latinoamericanos creó una visión de la modernidad que desafió radicalmente la historia política, intelectual y social del mundo atlántico. Aunque los latinoamericanistas tienden en su mayoría a tener simpatías izquierdistas o al menos progresistas, desde hace ya bastante tiempo han hecho suya la visión conservadora del siglo XIX, que no representa un reflejo exacto de la realidad, sino los puntos de vista autojustificativos de una clase particular en un momento histórico particular.⁴⁴ La modernidad republicana de América ha desaparecido de la conciencia histórica porque una generación de letrados y de políticos de finales del siglo XIX optó por denigrarla y descartarla como una fantasía utópica o una farsa corrupta. Argumentaré que arrojaron la modernidad republicana de América al basurero de la historia no porque fuera una moda pasajera y desdeñable, sino porque representaba una amenaza en contra de sus intereses y de su proyecto liberal de desarrollo capitalista.

“TODOS LOS HABITANTES DE ESTA AMÉRICA SON CIUDADANOS”

Teniendo en cuenta todas las razones anotadas acerca de por qué una parte muy considerable de los académicos ha ignorado el fenómeno que llamo *modernidad republicana de América* —la tesis eurocéntrica sobre los orígenes de la modernidad; la asignación del republicanismo, la democracia y la creación de las naciones a Occidente; la teleología de algunos marxistas, conservadores y pensadores liberales clásicos; la visión representada por los más famosos letrados de América Latina y la reescritura de la historia que tuvo lugar a finales del siglo XIX—, ¿por qué pienso que era tan importante e incluso, por momentos, hegemónica? Simple y llanamente porque si uno escucha el zumbido cotidiano del discurso político y cultural del siglo XIX, lo que al principio parece un murmullo de baja intensidad en la parte de atrás del escenario se convierte en un rugido, al frente y en el centro, que requiere atención. Si usted lee los periódicos del siglo XIX y se pone a sí mismo en el lugar de quienes oían

⁴³ Para Occidente como una creación importada, inventada y con frecuencia excluyente véase Cañizares-Esguerra, *Puritan Conquistadors*, 224-226.

⁴⁴ Para las críticas acerca del uso de las fuentes literarias sin considerar sus tendencias de clase véanse Beverley, *Against Literature*; Rama, *La ciudad letrada*; Thurner, *From Two Republics*, 13.

la oratoria de la época, es imposible ignorar el discurso de la modernidad republicana de América. De hecho, dicho discurso es omnipresente.

Si nos desplazamos del campo de los letrados, de los considerados grandes pensadores y sus tratados intelectuales, para llegar al reino del discurso político de todos los días —accesible ante todo en periódicos y alocuciones (que según Pablo Piccato expanden la esfera pública)—, surge una visión diferente del lugar de América Latina en el mundo moderno⁴⁵. No estoy argumentando que había una diferencia de clase entre los productores de periódicos y los autores de obras oratorias y literarias formales (de hecho, la mayoría de los intelectuales trabajaba en los tres campos; obras como el *Facundo* de Sarmiento aparecieron primero serializadas en periódicos), sino que cuando escribía para un periódico o hablaba delante de una audiencia pública, el autor u orador decidía con frecuencia, si no siempre, adoptar un discurso muy diferente sobre la modernidad que el que él (porque casi siempre era un hombre) hubiera empleado en textos literarios o científicos de mayor autoconciencia. Los letrados, que solían educarse en Europa (la gran gira por el Viejo Continente se consideraba esencial para entender la civilización), dirigían sus razonamientos a Europa, publicaban por lo general en Europa y adoptaban sensibilidades europeas.⁴⁶ La audiencia también era distinta. Las élites y los miembros de la naciente clase media escribían para los periódicos, pero tenían lectores más numerosos que las personas letradas. La mancheta de un periódico mexicano, *La Chinaca* (nombre que hacía referencia a los plebeyos o a un juego de palabras con *el chinaco*, alguien que luchaba contra los franceses), muestra una reunión de hombres, mujeres y niños, algunos descalzos, que escuchan mientras alguien lee un periódico en voz alta (ilustración 1). *La Guerra*, periódico publicado en Morelia, México, era gratis, y sus editores urgían a los lectores para que “se sirvan circularlo principalmente entre la clase pobre e indígena”⁴⁷. Eran tantos los vendedores de periódicos que rondaban las calles, que las ciudades regulaban sus actividades —por ejemplo, Guanajuato prohibió que fueran voceados después de las nueve de la noche—.⁴⁸ Un observador de México sugirió que el alfabetismo era allí más extendido de lo que por lo general se creía y que el pueblo (concepto que durante el siglo XIX podía incluir a todo el mundo, aunque con frecuencia se limitaba a las masas

⁴⁵ Piccato, *The Tyranny of Opinion*, 105-108. Una dificultad en trabajar con los periódicos del siglo XIX es que la mayoría de los artículos omiten el nombre del autor. Muchos eran simplemente reimpressiones no reconocidas de otros periódicos. Desde luego, había también muy poca separación entre el “comentario editorial” y la “noticia”. Si resulta disponible y de interés, suministro el nombre y el título de los artículos; por lo general, no obstante, solo suministro el nombre del periódico y la fecha, siguiendo el precedente común en estos casos. Para la cultura periodística y oratoria véanse Acree y González Espitia, *Building Nineteenth-Century Latin America*; Forment, *Democracy in Latin America*, 192-200; Jaksic, *The Political Power*; Piccato, *The Tyranny of Opinion*, 52.

⁴⁶ Martínez, *El nacionalismo cosmopolita*; Rama, *La ciudad letrada*.

⁴⁷ *La Guerra*, 20 de diciembre de 1861.

⁴⁸ González Montes, *Prefecto municipal*, folleto en AHMRG-FII, n.º 530.

ILUSTRACIÓN 1. *Mancheta de La Chinaca, Ciudad de México, 30 de junio de 1862*



FUENTE: Hemeroteca, Archivo General de la Nación, México.

populares) absorbía una gran variedad de material impreso.⁴⁹ Como incluso lo reconocía el mismo Sarmiento, la gente pobre se reunía en las tabernas o en las galleras para enterarse de las noticias, extendiendo el conocimiento de la política más allá de lo que él llamaba *las ciudades civilizadas*.⁵⁰ No pocos miembros de las élites temían a estas tabernas porque las consideraban lugares donde se difundían “antisociales ideas” y el pueblo definía lo que para él significaba “su democracia”⁵¹. Los periódicos también reimprimían los discursos públicos, pronunciados como parte de celebraciones nacionales que incluían bailes, desfiles y fuegos artificiales presenciados por amplios sectores de la sociedad. Desde luego, es famosa la tradición de los lectores cubanos leyendo ante sus compañeros que enrollaban tabacos. Esto no es para decir que la modernidad republicana de América dejó de aparecer en escritos más intelectuales (ciertamente apareció), o que las visiones más reconocidas de la modernidad europea no aparecieran en los periódicos, sino para señalar que el dominio de cada visión variaba en diferentes medios.

⁴⁹ *El Siglo Diez y Nueve*, 13 de junio de 1848.

⁵⁰ Sarmiento, *Facundo*, vol. 1, 108-109. Véanse también Guardino, *The Time of Liberty*, 164; Piccato, *The Tyranny of Opinion*, 51, 60.

⁵¹ *El Montañés*, 1.º de febrero de 1876.

Un breve relato mexicano de 1861 muestra el poder del vínculo que tenían los periódicos con las clases populares y la esfera pública de la calle. Cuando circuló el rumor de que los rebeldes conservadores habían capturado al héroe liberal del pueblo Melchor Ocampo, multitudes conformadas ante todo por artesanos se reunieron en Ciudad de México. En el momento en que llegó la noticia de que había sido asesinado, la muchedumbre se dirigió a las oficinas de un periódico para confirmar la noticia y luego al Congreso, donde asaltó las galerías “pidiendo la venganza de la ilustre víctima”⁵². Con algún detenimiento discutiré la esfera pública en este libro, pero por ahora quisiera proponer muy brevemente que había una de los salones intelectuales (más similar a la noción de Habermas) y otra, más amplia y más caótica, de las calles.⁵³ Los historiadores que solo confían en los textos canónicos publicados para el disfrute de los salones intelectuales descartan o subestiman la importancia de la modernidad republicana de América a mediados del siglo XIX.

Supongo que aquí deberíamos hacer una pausa para considerar por un momento la pregunta *¿Qué es la modernidad?* Literalmente, miles de páginas se han dedicado a este debate sin que podamos decir que se ha llegado a un consenso, pero hay al menos algún acuerdo en que la modernidad implica la industrialización de las actividades productivas y una política de ciudadanía y de Estados nacionales.⁵⁴ Sin embargo, el debate acerca de lo que aquella significa “realmente” no nos concierne.⁵⁵ Marshall Berman, uno de los teóricos más destacados del tema, considera que el surgimiento de la modernidad implica avances científicos, industrialización, capitalismo global, migraciones, crecimiento urbano, nuevas formas de comunicación, movimientos sociales y Estados nación. No obstante, señala que la conciencia de ser modernos emerge en una segunda fase de la modernidad, anunciada por la Revolución francesa.⁵⁶ Haciendo eco a Berman, Bayly asegura que la modernidad es algo real que implica el auge del Estado nación, del nacionalismo, de la globalización capitalista, del desarrollo de la industria y de los centros urbanos, pero agrega que

⁵² “Conmoción”, *La Alianza de la Frontera*, 11 de julio de 1861.

⁵³ Esto refleja de alguna manera la distinción que hace Habermas entre una esfera pública de las letras y una esfera pública de la política, solo que para él ambas esferas pertenecen en lo fundamental al mundo de la burguesía, mientras que en América Latina la esfera pública de la calle no reflejaba una sociedad de capitalismo burgués, sino un republicanismo en lucha contra el capitalismo y el liberalismo. Véase Habermas, *The Structural Transformation*. Véase también Cohen y Arato, *Civil Society*, 201-254. Para América Latina véanse Forment, *Democracy in Latin America*; Uribe-Uran, “The Birth of the Public Sphere”.

⁵⁴ Waters, “General Commentary”, XII-XIII. Incluso S. N. Eisenstadt, estudiando las “modernidades alternativas”, tiene una formación similar (“Multiple Modernities”).

⁵⁵ Incluso los académicos fuertemente críticos de la modernidad como proceso y aproximación teórica todavía recaen en ello como algo que realmente existe, aunque su definición exacta y sus efectos puedan ser interminablemente debatidos. Véase Adams, Clemens y Orloff, *Remaking Modernity*.

⁵⁶ Berman, *All That Is Solid*, 16-19.

es también una mentalidad: “La idea de que una parte esencial de ser moderno es pensar que se es moderno”⁵⁷. Emplearé la segunda, discursiva y endógena definición: la modernidad no existe como algo medible, sino solo como una comparación normativa y de juicio. Para nuestros propósitos, solo lo que la gente en un momento dado pensó y categorizó como “moderno” es útil para entender el poder de la modernidad, y no como categoría analítica, sino como vigorosa fuerza discursiva que opera en la sociedad. Siguiendo a Frederick Cooper, estudiaré la representación de la modernidad y no la llamada *condición de la modernidad*.⁵⁸ He tratado de descubrir lo que los actores que estaban en el terreno pensaban sobre esta. De hecho, la modernidad no tenía un agente por sí misma, y si podía ejercer algún poder, era solo a través de las acciones de las personas que creían en ella. Si he sucumbido ante un punto de vista exógeno, atribuyendo la modernidad a una sociedad, es solo porque bauticé con un nombre descriptivo a una diversa pero conectada y coherente serie de ideas que proliferaron hacia mediados del siglo XIX: la modernidad republicana de América. Espero que esta aproximación ofrezca mayor claridad y concisión que lo que pierde en violencia analítica y simplificación. También he usado a veces la palabra *alternativa*, pero con ella no sugiero que la modernidad republicana de América fue una “modernidad alternativa” en el sentido, al que recurren muchos críticos, de que fuera una reacción a la primaria y auténtica modernidad de Europa, que la América española simplemente adaptó en

⁵⁷ Bayly, *The Birth of the Modern World*, 10; también 11. Véase además Pratt, “Modernity and Periphery”.

⁵⁸ Cooper señala con razón la importancia de explorar cómo los actores históricos utilizan términos en vez de aceptar la modernidad como una categoría analítica útil; sin embargo, desconfía de las modernidades alternativas (*Colonialism in Question*, 3-32, 113-149). Yo también, si con ellas nos referimos a las condiciones alternativas de la modernidad y no a sus representaciones alternativas. No estoy tratando de imponer una categoría analítica alternativa de la modernidad, sino de entender las consecuencias de un discurso y de una práctica de la política desarrollados por los latinoamericanos del siglo XIX. Véanse también Tenorio-Trillo, *Mexico at the World's Fairs*, 1; Thomas, “Modernity’s Failings”, 734, 739. Mi aproximación se diferencia de la del gran François-Xavier Guerra (*Modernidad e independencias*), que también promovió a América Latina como el sitio de la modernidad en el mundo atlántico, pero en el sentido de ser el marcador de un momento de transformación real, la era de la independencia, cuando, para él, América Latina se volvió moderna. Como no considero que la modernidad sea una categoría analítica histórica útil (opuesta a una categoría endógena utilizada por las sociedades, que considero de suprema importancia), estoy menos interesado en establecer cuándo se volvió moderna América Latina. Adicionalmente, al contrario de Guerra, le otorgo mayor importancia al papel activo de las clases subalternas en la conformación de los conceptos de la modernidad que a su condición de afectadas por estos. Alan Knight argumenta que una visión *emic* de la modernidad no fue importante en el México del siglo XIX, que la modernidad fue una construcción “exterior” (“When Was Latin America Modern?”). Abrigo la esperanza de que la evidencia de este libro demuestre lo contrario. Enfatizar las construcciones endógenas de la modernidad permite evitar los debates cada vez más estériles acerca de cuándo y cómo la modernidad ocurrió “realmente”. Para tales debates, véanse Chakrabarty, “The Muddle of Modernity”; Symes, “When We Talk about Modernity”.

beneficio de sus propios intereses.⁵⁹ Quienes se acogieron al republicanismo americano se consideraban a sí mismos modernos y pensaban que sus sociedades constituían la auténtica personificación de la modernidad. Al igual que Asia y África, era Europa la región alternativa, periférica, la que se hallaba detrás y reaccionaba desesperadamente ante los acontecimientos y las ideologías que se desarrollaban en el centro: las Américas.⁶⁰ Clasificando y juzgando a Europa, la América española de mediados del siglo XIX reversionó la mirada imperial.

Si la modernidad era solo un discurso, ¿qué tan importante fue en el siglo XIX? La invocación de la modernidad, de la civilización y del progreso era el discurso maestro del mundo atlántico decimonónico.⁶¹ Los escritores y los oradores de ese entonces expresaban el concepto de la *modernidad* por medio del término *moderno*, pero con mayor frecuencia por medio del empleo de la palabra *civilización* o sus variantes —aunque este uso no estaba exento de sus propias tensiones— y de la combinación de ambas palabras en el término *civilización moderna*.⁶² La palabra *civilización* no siempre implicaba el sentido lineal del progreso que caracteriza a la modernidad, y también podía referirse al pasado. Sin embargo, la mayoría de los escritores asumía que había sociedades más o menos civilizadas moviéndose hacia una mayor civilización (modernidad) o alejándose de esta hacia la barbarie. En efecto, las sociedades estaban en el “camino hacia la civilización” o en “la carrera de la civilización”, compitiendo entre sí para ver cuál se movía con mayor rapidez hacia la modernidad.⁶³ El periódico cubano *Diario de la Marina* afirmaba que “la civilización y la barbarie no son dos palabras huecas”, sino que encapsulaban “el estado social de los pueblos”⁶⁴. Aunque los científicos sociales aún distinguen entre lo económico, lo político y lo discursivo, los pensadores del siglo XIX veían estos campos como estrechamente interconectados.⁶⁵ Según Thomas Holt, para entender las sociedades (y la operación del poder) debemos investigar cómo las personas, sobre una base cotidiana, entienden y le dan sentido al

⁵⁹ Pienso que mi aproximación es diferente a la de la mayoría de los académicos que han propuesto “modernidades alternativas” como maneras en que la modernidad europea ha sido redefinida o apropiada (Eisenstadt, “Multiple Modernities”; Gluck, “The End of Elsewhere”). Para una crítica de la modernidad alternativa véanse Bhambra, “Historical Sociology”, 653-656; Cooper, *Colonialism in Question*, 113-149.

⁶⁰ Innovaciones similares estaban ocurriendo en Asia, aunque en su mayoría fueron desconocidas por los latinoamericanos del siglo XIX. Véase Conrad, “Enlightenment in Global History”, 1022.

⁶¹ Hobsbawm, *The Age of Capital*, 4.

⁶² Alberdi, *La monarquía*, 123, 165, 437. Véanse también Francisco de la Fuente Ruiz, “La época moderna”, *El Cosmopolita*, 26 de febrero de 1884; *El Genio de la Libertad*, 9 de octubre de 1832; *El Monitor Republicano*, 8 de enero de 1848; *El Siglo Diez y Nueve*, 15 de agosto de 1848; *La Gaceta Comercial*, 15 de enero de 1900. Véanse además Bayly, *The Birth of the Modern World*, 12; Mignolo, *The Idea of Latin America*, 70.

⁶³ *El Monitor Republicano*, 20 de junio de 1848; Douglass, *Lecture on Haiti*, 20.

⁶⁴ *Diario de la Marina*, 14 de julio de 1867.

⁶⁵ Bayly, *The Birth of the Modern World*, 106; N. Miller, *In the Shadow*, 3.

mundo a través de periódicos, historias, canciones, símbolos, mitos y, en nuestro estudio, intervenciones públicas.⁶⁶ La modernidad republicana de América contenía en sí misma una explicación de cómo operaba el presente y un plan para el futuro. Argumentaré que actuó como un configurador crítico de la política y la sociedad en el siglo XIX y, a través de la sociedad y la política, alteró significativamente la esfera económica de una manera que a veces no gustó a los liberales clásicos o no se ajustó a las necesidades del capital.

El discurso de la modernidad fue tan poderoso debido a su estrecha relación con la tarea de definir y legitimar la nación, dada en especial la inherente novedad de las naciones latinoamericanas y, por lo tanto, su carácter esencialmente indefinido. Las élites se preocuparon sin descanso por sus nuevas naciones y se preguntaban si, más allá de un pequeño círculo de intelectuales, la gente cuidaría de estas o al menos sabría que existían. Empero, ¿cómo podían crearse y legitimarse? Al contrario de lo que ocurrió en posteriores entornos poscoloniales, las élites no podían confiar en el Estado para apuntalar las naciones débiles, o al menos para suprimir por medio de la violencia el disenso de quienes se negaban a someterse a ellas. El Estado era, en la mayoría de los casos, demasiado endeble para desempeñar ese papel de manera efectiva, y sobre todo cuando tenía que enfrentarse a algo más que una resistencia aislada. Por fuera de la ciudad capital, el Estado nación se reducía a un puñado de empleados que a lo mejor administraban uno o dos baluartes institucionales, con poquísimos ingresos para recolectar y gastar y casi sin fuerza coercitiva de la que pudieran disponer de inmediato. En general, los Estados latinoamericanos del siglo XIX eran miserables fracasos: perdían sus territorios, se mostraban incapaces de hacer que la población respetara las leyes, recaudaban pocos impuestos, fallaban a la hora de promover el desarrollo económico, eran extremadamente inestables y vivían sujetos a frecuentes golpes militares y sangrientas guerras civiles. Sin embargo, contrariando los temores de las élites, los estratos subordinados de la población —ya fueran las comunidades indígenas, los esclavos o libertos de origen africano, los campesinos mestizos o los artesanos urbanos— se acogieron con inocultable entusiasmo a las nuevas naciones y orgullosa, incluso clamorosamente, reclamaron la ciudadanía cuando esta se ajustaba a sus propósitos.⁶⁷

Consideremos el más extremo de los escenarios: el Estado nación más débil que se pueda imaginar, justo en el momento de su creación, interactuando con un grupo social tan alejado como sea concebible de la supuesta élite criolla que construyó la nación⁶⁸. Nuestro Estado nación es México en 1822, inmediatamente después de la independencia, asegurada apenas el año anterior, sin instituciones establecidas, aún en medio de una situación caótica producida

⁶⁶ Holt, "Marking", 11-12.

⁶⁷ Véanse Méndez, *The Plebeian Republic*; Thomas, "Modernity's Failings", 734.

⁶⁸ Para los constructores criollos de naciones véase Anderson, *Imagined Communities*.

por más de una década de guerras devastadoras y con un dudoso y autoproclamado emperador Iturbide en el trono. Nuestro grupo social, que no debía de conocer ni preocuparse en lo más mínimo por la nueva élite criolla de la nación, está conformado por mujeres esclavizadas de origen africano. Sin embargo, estas mujeres escribieron al emperador con decidida firmeza que el ser liberadas de la esclavitud era su “derecho natural” que podían reclamar porque el Plan de Iguala había declarado que “todos los habitantes de esta América son ciudadanos”⁶⁹. Las mujeres ni siquiera sabían cuál sería el nombre de la nueva nación, pero sabían que su condición de ciudadanas les permitía formular la exigencia. De ahí que las naciones, para los excluidos del cuerpo social y los oprimidos desde el punto de vista político y económico, representaran la oportunidad de mejorar su estatus. Dadas las circunstancias adecuadas, los sectores subalternos de la sociedad acogieron con entusiasmo la creación de las naciones, aun en el caso de que fueran pocas las personas que pensaban incluirlos como ciudadanos.

Eric Hobsbawm anotó que, para el caso de Europa, “las naciones no fabrican Estados y nacionalismos sino que la cosa es al revés”⁷⁰. Esto puede ser cierto para Europa, pero en la América Latina del siglo XIX, aunque es verdad que el Estado surgió primero, lo que indican los hechos es que fue sobrepasado rápidamente por el poder y la legitimidad de la nación. Sin que la idea de esta le otorgara al Estado alguna legitimidad, muchos Estados latinoamericanos hubieran colapsado. Si con alguna frecuencia la legitimidad nacional apuntalaba para las élites un Estado literalmente en bancarrota, también las enfrentaba al insoluble problema de que no controlaban el sentido de la nación. Los ricos y los poderosos esperaban que los subordinados aceptaran obedientemente la versión que las élites tenían de aquella. Eso, sin embargo, no fue lo que ocurrió. Los subordinados aceptaron la creación de las entidades nacionales, pero solo a través de un proceso de lucha sobre lo que dicha creación significaba. Los hombres subordinados (y, con menos éxito, las mujeres) también asumieron que serían ciudadanos plenos, con derechos y responsabilidades que ellos mismos ayudarían a definir. Las élites no podían controlar la nueva nación, entre otras cosas porque tenían una idea muy pobre de lo que habían creado.⁷¹ O aceptaban al menos parcialmente las reivindicaciones de los subordinados acerca de la ciudadanía o la nueva nación dejaría de ser vital y se convertiría en una estéril comunidad imaginada. El Estado y las élites tuvieron a la larga éxito en asumir el control de la nación y en someter a las clases subordinadas, pero solo al comenzar la década de 1880.

⁶⁹ Carta al emperador Agustín de Iturbide de “las esclavas” de don Isidro González, San Juan, 14 de noviembre de 1822, AGNM-IG-FG, caja 54, expediente 15, hoja 4.

⁷⁰ Hobsbawm, *Nations and Nationalism*, 10. Véase también Gellner, *Nations and Nationalism*. Partha Chatterjee también señala que en África y Asia poscoloniales, las naciones precedieron a los Estados (*The Nation and Its Fragments*, 6).

⁷¹ Véase López-Alves, “Modernization Theory Revisited”, 248.

Los discursos sobre la modernidad contribuyeron decisivamente a fomentar, y al mismo tiempo a cuestionar, la legitimidad de las nuevas naciones y de sus Estados. La manera como las sociedades imaginan el futuro legitima su presente y determina sus prioridades. La modernidad republicana de América, con su confiada evocación de un progreso basado en la mayor extensión posible de la libertad y la igualdad de todos los ciudadanos, sirvió poderosamente para establecer a estas nuevas naciones como entidades legítimas y a sus Estados como ejecutores de dicha legitimidad, en representación de la voluntad soberana del pueblo. A lo largo de este libro exploro cómo las visiones de la modernidad moldearon las sociedades latinoamericanas, y no lo hago como una historia intelectual que traza la manera en que los grandes pensadores ejercieron influencia entre sí, sino más como una historia de la cultura política (o del discurso político, si se prefiere) que dominó en una sociedad; es decir, como una profunda *mentalité* social y cultural que configuró tanto la alta como la baja política.⁷² Estoy menos interesado en cartografiar cómo los intelectuales emplearon ciertas ideas y discursos que en cómo y cuándo estos y aquellas encontraron tracción en la esfera pública. Dado que las visiones de la modernidad afectaron hondamente las normas hegemónicas de la vida política en la América española, sugeriré también que esos discursos permitieron que los subordinados explotaran su lenguaje en provecho propio. La modernidad republicana consideraba que un cuerpo de ciudadanos republicanos era fundamental para el futuro no solo de sus propias sociedades, sino del mundo atlántico en su conjunto. Por consiguiente, los reclamos de las clases subordinadas que buscaban hacer valer su ciudadanía y sus derechos fueron una herramienta de mucha utilidad para confrontar al Estado y a los poderosos. Desde luego, las élites y los hacedores de los Estados podían ignorar estos discursos. Podían pronunciar bellísimas disertaciones sobre la ciudadanía, la libertad, la igualdad, la soberanía popular y el brillante futuro americano mientras suprimían brutalmente cualquier oposición de los de abajo. Al fin y al cabo, ¿qué clase dominante no es hipócrita? Según anotó alguna vez el historiador E. P. Thompson, “solo una clase dominante que se siente amenazada teme hacer alarde de un doble rasero”⁷³. El problema residía en que las élites hispanoamericanas y los Estados que administraban a su arbitrio se sintieron siempre amenazados durante el siglo XIX. Con sus naciones demasiado indefinidas, sus Estados demasiado débiles y sus propios recursos demasiado escasos, la situación de las élites siempre fue, en el mejor de los casos, precaria. Una vez que la modernidad republicana de América se convirtió en la visión dominante de la esfera pública, las élites y el Estado no podían darse el lujo de ignorarla por completo. Sin embargo, otras concepciones de la modernidad no eran ni de lejos tan propicias para satisfacer las necesidades de

⁷² Véanse Palti, *El momento romántico*, 13-28; Quijada Mauriño, “From Spain to New Spain”.

⁷³ E. P. Thompson, *Customs in Common*, 55.

los sectores subordinados de la sociedad. De hecho, la modernidad industrial de Occidente obraría de manera directa en contra de quienes reclamaban un lugar en la civilización, al tiempo que proporcionaba a los Estados —tal vez más que a las naciones— una nueva forma de legitimarse.

La modernidad republicana de América fue de verdad un discurso hemisférico, y los procesos perfilados en los párrafos anteriores operaron en todo el continente. Por lo tanto, debemos estudiarla en un plano distinto al que permite la historiografía nacionalista. Las Américas pertenecían a una imaginada comunidad internacional unida por barcos de vapor (y más tarde por el telégrafo) y a una cultura mundial de textos impresos.⁷⁴ Me basaré, por consiguiente, en evidencias recogidas en toda América Latina, pero enfocaré mi atención en México y Colombia. El lector se preguntará por qué uso el término *América Latina* si mi atención se dirige en lo fundamental a estas dos sociedades, y mi respuesta, lo admito, es que fue por conveniencia: escribir *América Latina* me pareció sencillamente más amable que escribir *México y Colombia*. No obstante, América Latina estaba comenzando a surgir como una entidad descrita por ella misma en este período.⁷⁵ Durante casi todo el tiempo, nuestros protagonistas hicieron parte de las Américas, o del Nuevo Mundo, en un sentido muy católico, pero ocasionalmente se referían a Latinoamérica, o a Hispanoamérica, bajo la percepción correcta de que su visión del republicanismo, de la fraternidad internacional y de la igualdad racial no era compartida por Estados Unidos. Igualmente importante resulta añadir que no estoy comparando a México con Colombia, sino tratando de mostrar las conexiones de un discurso compartido no solo entre dos sociedades, sino entre ideas y acontecimientos propios de todas las Américas.⁷⁶ De ahí que también me detenga en Uruguay y Cuba para explorar momentos clave del auge y la caída de la modernidad republicana de América. Además, moverse más allá de México y Colombia ayuda a mitigar las limitaciones de las historiografías nacionales, limitaciones que no sintieron autores decimonónicos como el chileno Francisco Bilbao, que era también un verdadero ciudadano del mundo. Enfatizo en esos dos casos porque era necesario circunscribir de alguna manera el proyecto, al menos si esperaba completarlo, pero más que todo porque descubrí que fue en México y en Colombia donde la modernidad republicana de América parecía operar con mayor fortaleza, y donde sus resultados podían verse con mayor nitidez. México y Colombia también tenían una historia decimonónica muy similar.⁷⁷ Ambas sociedades enfrentaron tempranos desórdenes políticos,

⁷⁴ Moore, *Forty Miles from the Sea*.

⁷⁵ Gobat, "The Invention of Latin America"; McGuinness, "Searching for 'Latin America'".

⁷⁶ Para un modelo de historia conectada en vez de historia comparativa véase Scott, *Degrees of Freedom*.

⁷⁷ Knight, "The Peculiarities of Mexican History". Véanse también Melgarejo Acosta, *El lenguaje*; Safford, "The Problem of Political Order"; Thomson y LaFrance, *Patriotism, Politics, and Popular Liberalism*, XIII.

ambas desarrollaron distintivos partidos liberales y conservadores, ambas sufrieron devastadoras guerras civiles, ambas tuvieron sectores sociales subalternos que irrumpieron activamente en el acontecer nacional, ambas emprendieron extensivas reformas liberales de las instituciones heredadas de la Colonia, ambas abrazaron el republicanism y la innovación democrática a mediados del siglo XIX y, posteriormente, ambas iniciaron proyectos de regeneración para restringir el republicanism y la democracia e instituir un desarrollo capitalista exportador. Sobra decir que las diferencias —Colombia soportó una intrusión imperial en Panamá, aunque no sufrió en el mismo grado las invasiones extranjeras que asolaron a México; Colombia fue mucho más estable que México en lo que se refiere a sus funcionarios gubernamentales y a su compromiso con el republicanism— pueden ser tan ilustrativas como las similitudes para entender el auge y la caída de la modernidad alternativa que exploro en estas páginas. No pretendo negar que la modernidad republicana de América floreció en otras partes y especialmente en el Cono Sur —primero y con mucha fuerza en Uruguay—, donde el intelectual más elocuente fue el arriba mencionado Francisco Bilbao.⁷⁸ En efecto, si nos molestamos en mirar lo que ocurrió después del medio siglo, no podemos menos que sentir los saludables efectos que tuvieron los escritos de Bilbao en los periódicos de todo el continente, motivo por el cual espero que este libro, aunque centrado en México y Colombia, sugiera la importancia de los procesos que acontecieron en todas las Américas. Por último, la modernidad republicana de América parece haber sido menos prevalente, aunque no por ello inexistente, en las naciones andinas, donde la debilidad del republicanism se debía en buena parte al temor que las mayorías indígenas inspiraban en las élites.⁷⁹ Operó también de una manera muy distinta en el Brasil monárquico y en la Cuba colonial, aunque en esta encontraría su última y mejor esperanza, ya que los patriotas cubanos adoptarían la mayoría de sus temas clave, si bien es cierto que en una línea de tiempo diferente y más comprimida si la comparamos con el resto de la América española, así sufrirían en última instancia el mismo destino. Críticamente, todo parece indicar que las intensas y agudas divisiones ideológicas entre liberales y conservadores, tanto en Colombia como en México, fomentaron el desarrollo de competitivas y alternativas visiones de la modernidad por parte de las facciones contendoras.

⁷⁸ Para Argentina, véase Sabato, “La reacción de América”.

⁷⁹ Para la debilidad comparativa del republicanism en los Estados andinos véanse Hender-son, *Gabriel García Moreno*; Jacobsen, *Mirages of Transition*; Larson, *Trials of Nation Making*; Mallon, *Peasant and Nation*; Thurner, *From Two Republics*; Walker, *Smoldering Ashes*. Sin embargo, no debemos sobreestimar la diferencia: véanse Gootenberg, “Order[s]”; Méndez, *The Plebeian Republic*, 241.

UNA NOTA SOBRE LA ORGANIZACIÓN DEL LIBRO

Trazar un discurso a lo largo de dos continentes, en el contexto más amplio del mundo atlántico del siglo XIX, sugiere ciertas estrategias narrativas que esperan la aprobación del lector. Como se discutió más arriba, el libro contiene un sólido argumento evolutivo, ya que describe el auge, casi a nivel de hegemonía, de la modernidad republicana de América y luego su caída como forma dominante de organizar la sociedad. Sin embargo, esta corriente de pensamiento emergió lentamente, creciendo y menguando en diferentes lugares y en épocas distintas, y siempre en competencia con otras corrientes de la modernidad y del pensamiento político, todo lo cual requiere una aproximación que no solo es cronológica sino temática. El intento de imponer a Maximiliano como emperador de México demuestra que la modernidad republicana de América siempre compitió con otras concepciones de la civilización por la supremacía en la esfera pública. Estas concepciones serían, al igual que Maximiliano, derrotadas a corto plazo, pero pronto resurgirían triunfantes. Después del prólogo sobre Maximiliano y de esta introducción, el libro continúa en el capítulo I con la Banda Oriental (Uruguay) y el héroe más celebrado del panteón de campeones de la modernidad republicana de América: el italiano Giuseppe Garibaldi. Aunque Garibaldi se convertiría en uno de los símbolos más importantes de dicha modernidad, estoy principalmente interesado en sus soldados más que todo locales, los garibaldinos, y en las razones por las cuales luchaban, o pensaban que estaban luchando. Este capítulo servirá para introducir el primer reto serio a la modernidad cultural de las élites más viejas que miraban hacia Europa, además de sugerir cómo los americanos, en este caso los garibaldinos, pensaban que desde América exportarían de regreso a Europa una modernidad que consideraban revolucionaria. Dado el alcance de este proyecto, he decidido abordar los momentos clave que iluminan ciertos aspectos de nuestra historia de la modernidad, la nación y la democracia en cortos bloques narrativos (el prólogo y los capítulos I, III, V y VI), incluidos aquellos sobre Maximiliano y los garibaldinos. Los acompañan capítulos más analíticos y comparativos (II, IV y VII), que exploran los competitivos discursos de la modernidad en forma más sistemática. El primero de estos capítulos analíticos es el segundo, en el que discuto la modernidad cultural eurófila predominante en América Latina desde inmediatamente después de la Independencia hasta mediados del siglo XIX, que aún domina algunas concepciones acerca del pensamiento decimonónico y que siempre ha ejercido un peso muy considerable en la perspectiva de los letrados.

En el capítulo III nos trasladamos a México y a la historia del Batallón San Patricio, compuesto por voluntarios extranjeros y desertores de la causa mexicana durante la guerra entre Estados Unidos y México, para desarrollar dos conceptos clave: el de la raza y el del republicanismo internacional. Como en los casos de Maximiliano y Garibaldi, lo que me interesa, más que los

voluntarios extranjeros por sí mismos, es la manera como los latinoamericanos dieron sentido a ellos y al mundo del cual provenían. Los críticos mexicanos de la guerra ayudaron a fomentar una visión de las relaciones internacionales basada en la fraternidad universal republicana —las repúblicas hermanas—, así como a establecer un patrón de decepción con el fracaso de Estados Unidos a la hora de ponerse a la altura de este ideal. El capítulo IV es el fulcro del libro, en el que examino a profundidad el discurso de la modernidad republicana de América y sus efectos en la sociedad. Los dos capítulos siguientes utilizan historias más individuales para explorar aspectos importantes de la evolución de la modernidad y el republicanismo en las Américas. El capítulo V sigue la vida del letrado chileno Francisco Bilbao con el fin de excavar una imaginación atlántica de los acontecimientos y las naciones del mundo, un registro de héroes y villanos comprometidos en una lucha titánica entre civilización y barbarie, y explora asimismo las corrientes conservadoras de la modernidad que siempre fluyeron al lado de la modernidad republicana de América y desafiaron su supremacía. El capítulo VI perfila la carrera del soldado y político colombiano David Peña para trazar la estrecha relación entre los latinoamericanos de origen africano y el republicanismo democrático, así como los retos que esta alianza implicaba para la hegemonía de la jerarquía racial.

El capítulo VII examina el colapso de la modernidad republicana de América y el surgimiento de la modernidad industrial de Occidente con su celebración de la economía capitalista, la tecnología, la ciencia, el poder del Estado, la fuerza militar y la pureza racial como marcadores de la civilización. Las clases populares se enfrentaban ahora a un discurso que no consideraba a sus miembros como ciudadanos soberanos parte de la comunidad imaginada de las naciones, sino que insistía en que su única función en el mundo se limitaba a ser sujetos complacientes de un Estado disciplinario y operadores del desarrollo capitalista. En la conclusión, por último, me refiero brevemente al caso de la guerra de independencia de Cuba, que interpreto no solo como presagio de los conflictos raciales y coloniales del siglo XX, sino como una mirada retrospectiva a las fraternales luchas republicanas del siglo XIX con miras a crear un nuevo tipo de sociedad moderna, luchas que este libro ha procurado explorar. Cierro argumentando que reinterpretar el lugar y el significado de la modernidad obliga a reconsiderar la importancia del republicanismo y la democracia en América Latina y su papel en la creación del republicanismo, la democracia y los derechos humanos en el mundo atlántico, una creación que usualmente solo se acredita a Europa y Estados Unidos.

CAPÍTULO I

GARIBALDI, LOS GARIBALDINOS Y LA GUERRA GRANDE: URUGUAY, 1842-1848

GIUSEPPE Garibaldi, “el héroe de dos mundos”, se ha convertido en el símbolo preeminente de la lucha por la libertad y contra el antiguo régimen que tuvo lugar en el mundo atlántico durante el siglo XIX.¹ En todas las Américas hay plazas, calles y estatuas conmemorando al hombre que mejor representó en esa época el pensamiento progresista de quienes combatían por la modernidad y se oponían a la Iglesia ultramontana, a los reyes, a los aristócratas y a la opresión colonial. Más adelante volveremos sobre el tema del símbolo de Garibaldi, pero en este capítulo exploraremos sus aventuras en el Nuevo Mundo y, especialmente, en la Banda Oriental, donde peleó la guerra internacional y civil de Uruguay, la llamada Guerra Grande, entre 1839 y 1851. Sin embargo, de mucho mayor interés que el caso de Garibaldi propiamente dicho es el de los soldados locales que lucharon bajo sus órdenes, los garibaldinos, incluidos los inmigrantes italianos de la Banda Oriental y los orientales locales, los uruguayos, entre ellos muchos de ascendencia africana. Recuperar las motivaciones y las mentalidades de estos soldados marcará el inicio de nuestro viaje en busca de entender el potencial emancipatorio que las clases subalternas vieron en el republicanismo americano para mejorar sus vidas en los campos social, político y económico. Para los garibaldinos, así como para otros soldados de origen popular, la guerra suministró la oportunidad de repensar la naturaleza de la nueva nación que se formaba lentamente a lo largo de la Banda Oriental, y que más tarde sería conocida con el nombre de Uruguay. El conflicto, asimismo, resultó un importante primer momento para desafiar las nociones tradicionales de la relación entre Europa, las Américas y la modernidad.

Uruguay simbolizaba el carácter irresuelto de los Estados nacionales en la América Latina posterior a la independencia de España. En 1811, José Gervasio Artigas inició la revuelta contra el dominio de los españoles en la provincia, y después de conseguir sus primeras victorias militares propuso redistribuir la tierra entre sus partidarios rurales. No obstante, la independencia de la región fue de corta vida, ya que Brasil la invadió en 1816. Se inició así toda una década de luchas entre Argentina y Brasil, que reclamaban para sí la Banda Oriental, y los uruguayos, que querían la independencia, alcanzada finalmente en 1828. Casi de inmediato estalló la guerra civil. Se prolongó de manera intermitente

¹ *El Nacional*, 20 de septiembre de 1853.

durante las décadas de 1830 y 1840, comenzando con una contienda familiar por el poder entre dos partidos políticos uruguayos: los *colorados*, identificados con el liberalismo urbano de Montevideo, que en ocasiones se aliaba con los ingleses y los franceses, y los *blancos*, con sus principales bases en las áreas rurales y apoyados por el poderoso caudillo argentino Juan Manuel de Rosas, que gobernó la provincia de Buenos Aires entre 1835 y 1852.² La Guerra Grande de 1839 a 1851 involucró a varios Estados americanos y poderes imperiales europeos, debido a la importancia estratégica de Montevideo en el Río de la Plata, que era visto como la puerta de entrada al comercio con el Cono Sur, y a su papel como zona de amortiguación entre una emergente Argentina y la monarquía brasilera. El involucramiento de Europa ocasionó que tanto los colorados como los blancos repensaran la relación entre el Viejo Continente y las Américas no solo en la política imperial, sino en la determinación del lugar y el significado de la modernidad. Durante un tiempo, en especial los colorados desplegaron un discurso que presagiaba, aunque de forma indecisa y con frecuencia contradictoria, muchos de los principios de la modernidad republicana de América: el universalismo, el abolicionismo, el republicanismo y el significado y el lugar de la civilización.³ A pesar de su juventud y de su inestabilidad, la provincia de Uruguay, vista como un peón en las maniobras imperiales de los grandes poderes europeos, desafiaría el monopolio de la modernidad que reclamaba el Viejo Mundo.

EL HÉROE DE DOS MUNDOS

Garibaldi llegó a Montevideo en 1842, después de salir exiliado de Europa y tras luchar por la autoproclamada República del Río Grande en su rebelión contra la monarquía brasilera. Estando allí conoció a su futura esposa, la brasilera Aninha Ribeiro da Silva⁴, y se familiarizó con dos aspectos centrales de la modernidad republicana de América que luego encontró en Montevideo: el republicanismo del Nuevo Mundo y los americanos de origen africano, que fueron con frecuencia sus partidarios más entusiastas.⁵ Durante la Batalla del Río Grande exhortó a sus hombres con el grito de “¡Fuego, fuego! ¡Fuego contra los bárbaros tiranos y contra los patricios que no son republicanos!”⁶. Asoció el “imperio brasilero” con los “imperialistas” europeos, pensando sin duda en las relaciones de su tierra natal con Austria. La mayoría de los

² Véanse López-Alves, *State Formation and Democracy*, 49-95; Maiztegui Casas, *Orientales*.

³ Aunque no tengo espacio para tratar el tema aquí, los blancos y Manuel Rosas prefiguraron algunos aspectos del nacionalismo patriótico que acabó reemplazando a la modernidad republicana de América.

⁴ Valero, *Anita Garibaldi*.

⁵ C. Rama, *Garibaldi y el Uruguay*.

⁶ Garibaldi, *Autobiography of Giuseppe Garibaldi*, 63.

hombres que lucharon a su lado se caracterizaba por ser “de color”, casi todos “esclavos negros liberados por la República”, que en su opinión eran los “verdaderos campeones de la libertad”⁷. El pensamiento político de Garibaldi tuvo tanto éxito no a pesar de, sino precisamente a causa de su relativa falta de sofisticación; su simple compromiso con la libertad y en contra de las tiranías inspiró a un gran número de sus seguidores.

MAPA I.1. Uruguay (*Banda Oriental*)



FUENTE: elaboración propia, edición de Daniel Dalet, d-maps.com

Montevideo era el bastión del Partido Colorado, dirigido por Fructuoso Rivera, que desde 1839 había estado en guerra con el Partido Blanco, dirigido por Manuel Oribe. La llegada de Garibaldi coincidió con la masiva derrota militar de los colorados en la batalla de Arroyo Grande, y las fuerzas de Oribe no tardaron en sitiar la ciudad, a la espera de una victoria fácil. Debido a sus hazañas en contra de Brasil, a José Garibaldi, que había aprendido español mientras estaba preso en Argentina, Montevideo le dio la bienvenida como

⁷ Garibaldi, *Autobiography of Giuseppe Garibaldi*, 110-111.

“guerrero del porvenir” que luchaba por el “dogma de la libertad”⁸. Fue hecho coronel y consiguió notoriedad entre sus enemigos y reputación de valiente entre sus amigos: primero en el mar, peleando contra el bloqueo naval de Rosas, por el que los colorados le concedieron especiales reconocimientos y recompensas,⁹ y luego cuando él y sus soldados se distinguieron en la batalla de El Cerro¹⁰. Garibaldi también sirvió a Montevideo como comandante de una pequeña fuerza naval en el Río de la Plata y sus tributarios, y como organizador de los inmigrantes italianos que llegaron a la ciudad para integrarse a la Legión Italiana. Su fama se extendió entre los blancos y los argentinos, que lo maldijeron con el remoquete de “el salvaje Garibaldi” y lo acusaron de ser un pirata sediento de sangre y sin ideales, una opinión compartida por muchos diplomáticos británicos y no pocos oficiales navales en Montevideo.¹¹

Su más exitoso logro militar comenzó con la comandancia de una expedición naval que entre 1845 y 1846 remontó las aguas del río Uruguay hasta llegar al interior del país. Después de apoderarse de varias fortificaciones enemigas en el litoral, Garibaldi trató de establecer una presencia permanente en el norte de la naciente nación. Las fuerzas argentinas sitiaron su base en Salto, y cuando Garibaldi quiso romper el cerco, el enemigo lo enfrentó en la aldea de San Antonio. La batalla de ese mismo nombre, conocida también como la batalla del Salto, se volvió una leyenda en la que Garibaldi y la Legión Italiana, integrada por cerca de doscientos hombres, sin apoyo de la caballería, derrotaron una fuerza de más de 1900 adversarios. La lucha duró más de siete horas, y aunque Garibaldi perdió treinta hombres, se dice que sus enemigos perdieron entre doscientos y trescientos.¹² Los periódicos dieron cuenta detallada de los hechos, con sus respectivos mapas, posiciones y desplazamientos de los combatientes¹³. Garibaldi fue promovido al rango de general, y los homenajes para celebrar el triunfo no tardaron en aparecer. El general Melchor Pacheco y Obes alabó su actuación y la de sus tropas, proclamando que la victoria había enseñado a “los esclavos del tirano de Buenos Aires lo que pueden los hombres que combaten por la libertad”¹⁴. Los colorados celebraron vistosos desfiles militares en su honor y le ofrecieron varios premios. No obstante, Garibaldi declaró que él no merecía ninguna promoción y pidió que cualquier recompensa se otorgara a los soldados heridos y a las familias de quienes habían muerto en los

⁸ *El Nacional*, 13 de abril de 1843. Véanse también *El Conservador* (Montevideo), 10 de febrero de 1848; Scirocco, *Garibaldi*, 75.

⁹ *El Nacional*, 4 de febrero y 5 de mayo de 1843; Scirocco, *Garibaldi*, 87.

¹⁰ *El Constitucional*, 13 de junio de 1843.

¹¹ Servando Gómez al Presidente Rosas, Daymén, 14 de febrero de 1846, en *El Nacional*, 4 de marzo de 1846; *Comercio del Plata*, 9 de febrero de 1849; *El Defensor de la Independencia Americana*, 2 de enero de 1847, 22 de abril de 1848; McLean, “Garibaldi in Uruguay”.

¹² *El Conservador* (Montevideo), 8 de febrero de 1848; *El Nacional*, 25 de febrero de 1846.

¹³ *El Montevideano*, 5 de marzo de 1846.

¹⁴ Pacheco y Obes, Decreto del 23 de febrero de 1846, en *El Nacional*, 25 de febrero de 1846.

combates.¹⁵ A pesar de que su propia familia vivía en condiciones de considerable pobreza, declaró: “No daría mi nombre de legionario italiano ni por todo el globo lleno de oro”¹⁶.

¿Por qué peleaba Garibaldi? Había tenido la oportunidad de recibir incontables prebendas materiales. Los colorados le ofrecieron un asiento en la Asamblea de Notables.¹⁷ En 1845 y 1847, el presidente le otorgó la dirección de todas las fuerzas que defendían a Montevideo, aunque no sirvió por mucho tiempo en ninguna de las dos ocasiones, en parte debido a su incapacidad para navegar en las aguas turbulentas de las facciones coloradas, que buscaban aniquilarse mutuamente.¹⁸ En varios períodos pudo haber reclamado toda clase de premios y galardones por sus servicios, aunque por lo general se negaba a recibirlos. Con su fama más que asegurada hacia el final de su carrera en el Río de la Plata, ya se había convertido en toda una leyenda que los periódicos publicitaban con el fin de promover sus ventas.¹⁹ Garibaldi sostenía que luchaba por “un pueblo que la fatalidad [había puesto] a la merced de un tirano”²⁰. Bartolomé Mitre, que llegaría a la presidencia de Argentina, lo conoció cuando se encontraba exiliado en Montevideo. Recordó que se sintió inspirado por su aura, y aunque pensó que los sentimientos lo motivaban más que las ideas, lo describió como un “republicano apasionado” que pensaba que “nuevas revoluciones” serían necesarias para resolver los problemas de las naciones de América del Sur.²¹ Cualesquiera que fueran las sucias realidades sobre el terreno (y la guerra, para muchas élites, estaba más relacionada con la competencia de los caudillos por el poder, y por el control del comercio internacional, que con preocupaciones de carácter idealista), para Garibaldi y muchos otros en el mundo atlántico, la lucha de los habitantes de Montevideo se transformó en una batalla entre la tiranía y la asediada libertad e independencia de las naciones.²² Sin embargo, ¿cómo era entendida esta contienda por parte de los hombres y las mujeres que luchaban en los campos de batalla y sufrían las privaciones del asedio? ¿Qué significaban para ellos la libertad y la independencia?

¹⁵ José Garibaldi al Ministro, Salto, sin fecha, en *Comercio del Plata*, 9 de mayo de 1846; *El Conservador* (Montevideo), 8 de febrero de 1848; Scirocco, *Garibaldi*, 88-89.

¹⁶ *El Montevideano*, 25 de febrero de 1846. Para una visión opuesta véase Machado, *Historia de los Orientales*, 39-51.

¹⁷ *El Conservador* (Montevideo), 10 de febrero de 1848.

¹⁸ *Comercio del Plata*, 26 de junio y 8 de julio de 1847; Scirocco, *Garibaldi*, 107-109.

¹⁹ *El Conservador* (Montevideo), 14 de abril de 1848.

²⁰ José Garibaldi al Ministro, Salto, sin fecha, en *Comercio del Plata* (Montevideo), 9 de mayo de 1846.

²¹ Bartolomé Mitre, “Un episodio troyano”, *El Siglo*, 7 de junio de 1882.

²² Riall, *Garibaldi*, 39.

EXTRANJEROS Y ESCLAVOS

El ejército que defendió a Montevideo tenía dos componentes inusuales en una supuesta lucha nacional: gentes extranjeras y personas de ascendencia africana, ninguna de ellas consideradas por las élites como ciudadanos nacionales. La mayoría de los voluntarios extranjeros eran italianos, franceses o vascos. Algunos trabajaban como pequeños agricultores, otros como obreros, muchos como artesanos y casi ninguno, sobra decirlo, era rico.²³ En 1843 Montevideo podía ser considerada una ciudad auténticamente internacional, con 11 431 nativos sobrepasados en número por 19 758 residentes foráneos —5324 franceses, 4205 italianos, 3406 españoles, 2553 argentinos, 1344 africanos, 659 portugueses, 606 ingleses y una pequeña cantidad de otras partes del mundo—²⁴. Entre 1843 y 1851, al menos 148 miembros de la Legión Italiana murieron mientras prestaban sus servicios a la causa, un porcentaje significativo si tenemos en cuenta que en 1843 solo había en Montevideo 4205 hombres, mujeres y niños de origen italiano.²⁵

¿Por qué se alistaron y arriesgaron sus vidas miles de extranjeros? La retórica elocuente afirma que los inspiró un “espíritu de libertad”²⁶. Otros sostienen que luchaban por “la libertad y la civilización”²⁷. En 1843, durante una festividad pública, la Legión Italiana desfiló cantando que sus miembros peleaban por la “libertad” y contra el “despótico poder” de la “tiranía”²⁸. Los lemas entonados durante dos manifestaciones de tropas voluntarias y de residentes locales abren una pequeña ventana sobre su ideología: las masas gritaban “vivas” a “la república”, a la “libertad”, a “todos los amigos de la libertad”, al “coronel Garibaldi” y a los “voluntarios franceses”, pero vociferaban “muera” a la “tiranía”, a “Rosas” y a “Oribe”²⁹. En una carta a un periódico de Montevideo, “unos residentes extranjeros” argüían que no luchaban por un interés en la política local, sino por “sus hermanos en esa lucha de principios y de civilización [...] donde la libertad pedía mártires y reclamaba sostenedores”. Comparaban sus contiendas con las de los franceses durante las revoluciones de 1789 y 1830, así como con los movimientos libertarios de Italia y Polonia.³⁰ Al igual que Garibaldi, los soldados luchaban por las que podían haber sido vagas nociones locales de libertad e independencia, como se verá más adelante, pero también

²³ *El Constitucional*, 2 de junio de 1843; *El Nacional*, 6 de abril de 1843; Oribe, *Circular de D. Manuel Oribe*.

²⁴ Wright, *Montevideo*, “Appendix”.

²⁵ Legión Italiana, МНН-СМНН, т. 1283; Wright, *Montevideo*, “Appendix”.

²⁶ *El Nacional*, 16 de febrero de 1843. Véase también *El Constitucional*, 1.º de abril de 1843, 9 de junio de 1843, 12 de junio de 1843.

²⁷ *El Nacional*, 8 de mayo de 1843. Véase también *El Nacional*, 27 de septiembre de 1853.

²⁸ *El Nacional*, 29 de mayo de 1843.

²⁹ *El Constitucional*, 4 y 5 de abril de 1843.

³⁰ *El Constitucional*, 5 de abril de 1843.

porque estaban en contacto con los movimientos internacionales que compartían los mismos principios de fraternidad.

¿Los soldados valoraban el republicanismo como uno de estos principios? El coronel Mancini, de la Legión Italiana, señalaba que él y sus camaradas luchaban con “corazones republicanos”, lo que —si tenemos en cuenta que les hablaba a los voluntarios franceses, algunos de los cuales eran monárquicos— revela las tensiones traídas de Europa acerca de lo que la libertad significaba realmente.³¹ El comandante de los voluntarios franceses solía terminar los mensajes a sus tropas gritando “¡Viva el rey!”³². Sin embargo, muchos soldados tenían compromisos más republicanos, ya que durante los desfiles tendían a llevar símbolos de “la República francesa” y a cantar “La marsellesa”, que en aquel entonces estaba prohibida en Francia.³³ Estos sentimientos republicanos se volvieron más evidentes en 1844, y el gobierno francés ordenó que sus súbditos dejaran de pelear en Montevideo. Los soldados de la Legión de Voluntarios firmaron cartas de nacionalización y se transformaron en unidades de la Guardia Nacional uruguaya, al tiempo que sus oficiales renunciaron a “la protección que como franceses les ofrece el pabellón de la Francia”, por lo que pidieron “ser colocados bajo la bandera de la república como ciudadanos”³⁴. Según suele suceder en estas ocasiones, parece que los valores de los soldados rasos eran más liberales y republicanos que los de sus oficiales, y que los subalternos estaban más dispuestos a renunciar a la protección de la bandera francesa y a comprometerse con su nueva nación.

Desde luego, los voluntarios no solo pensaban que hacían parte de un movimiento internacional, sino que también dirigían su atención a la política local y personal. Las motivaciones más mundanas para alistarse incluían la pérdida de sus propiedades e incluso el riesgo de perder sus vidas en manos de las fuerzas de Rosas, un peligro constante dada la retórica xenófoba del caudillo argentino.³⁵ Ciertamente, la oportunidad de obtener algún botín del enemigo entusiasmaba a unos cuantos, así como los premios y prebendas que prometía el gobierno de Montevideo³⁶. Los colorados también propusieron que a los voluntarios extranjeros, en señal de agradecimiento, se les otorgaran tierras y

³¹ Discurso del coronel Anchel Mancini a la Legión Francesa, Montevideo, 13 de junio de 1843, en *El Constitucional*, 16 de junio de 1843.

³² *El Nacional*, 2 de mayo de 1843.

³³ *El Constitucional*, 4 de abril de 1843; *El Nacional*, 6 de abril y 2 de mayo de 1843.

³⁴ Petición de los oficiales y soldados de la Legión de Voluntarios, Montevideo, 11 de abril de 1844, en *El Nacional*, 17 de abril de 1844. Véase también *Mensaje del Poder Ejecutivo a las Cámaras sobre la desnacionalización*.

³⁵ Oribe, *Circular de D. Manuel Oribe*, 3; *El Constitucional*, 12 de diciembre de 1842, 8 de febrero de 1845; *El Nacional*, 18 de febrero, 7 de abril y 5 de mayo de 1843.

³⁶ *Comercio del Plata*, 26 de octubre de 1846; *El Constitucional*, 14 de junio de 1843; *El Nacional*, 6 de abril de 1843.

ganados después de la guerra³⁷, durante la cual estaban exentos de pagar ciertos impuestos y los arrendamientos de sus casas o fincas³⁸. Después de la batalla de San Antonio, el Estado prometió doble pensión a los miembros de la Legión Italiana.³⁹ Otros soldados exigían que se les concediera la ciudadanía a cambio de sus servicios⁴⁰, y de hecho, al finalizar la guerra, muchos legionarios extranjeros “se llamaron orientales”, dado que Uruguay también se conocía en ese entonces como la Banda Oriental.⁴¹ Según sugieren las demandas de ciudadanía y las reivindicaciones de identidad nacional, las consideraciones discursivas y materiales no entraban en conflicto sino que, por el contrario, igualaban a los soldados. “Un miliciano” sostenía que luchaba por sus “convicciones políticas”, por la causa de “la libertad” y contra las amenazas de “la barbarie extranjera”. Aunque se había alistado porque esa era una de “las obligaciones más sagradas del ciudadano”, también pensaba que las tropas merecían medallas de honor y que debían estar exentas de algunos impuestos y obligaciones.⁴² Los voluntarios luchaban por la libertad y el republicanismo, pero estos no eran los derechos individuales y abstractos imaginados por el liberalismo clásico, sino que significaban un cambio de mayor amplitud en la sociedad y en sus propias condiciones. Esta combinación de libertad, republicanismo y cambio social se hacía más evidente entre los uruguayos de origen africano.

Los inmigrantes que actuaban como voluntarios fueron una parte importante de la coalición dirigida por los colorados, pero de igual importancia fueron los uruguayos de origen africano.⁴³ Después de la devastadora derrota militar de Arroyo Grande en 1842, el gobierno colorado abolió en parte la esclavitud en la república, al ordenar que todos los varones aptos para el servicio militar tomaran las armas mientras las mujeres, los niños y las personas mayores debían permanecer “al servicio de sus amos” en calidad de “pupilos”⁴⁴. No resulta difícil ver este decreto cínicamente, como un esfuerzo de última hora para que los colorados sobrevivieran, en especial teniendo en cuenta que inicialmente solo se concedió la libertad circunscrita al servicio militar obligatorio, lo que incluso los comentaristas de la época reconocieron

³⁷ Wright, *Montevideo*, 247; *El Constitucional*, 19 y 20 de mayo de 1843; *El Nacional*, 8 de mayo de 1843, 24 de mayo de 1845, 20 de septiembre de 1853.

³⁸ Decreto del Ministerio de Gobierno, 14 de marzo de 1846, en *Comercio del Plata*, 16 de marzo de 1846; *Comercio del Plata*, 25 de noviembre de 1847; *El Nacional*, 10 de abril de 1843; Sargento Luis Lanzani al Ministerio de Gobierno, Montevideo, 11 de marzo de 1846, AGNU-AGA, caja 967.

³⁹ *El Nacional*, 2 de marzo de 1846.

⁴⁰ *El Nacional*, 12 de abril de 1844.

⁴¹ *El Nacional*, 20 de septiembre de 1853.

⁴² Un miliciano al editor, en *El Constitucional*, 28 de mayo de 1845.

⁴³ Véanse Borucki, “From Shipmates to Soldiers”; Borucki, Chagas y Stalla, *Esclavitud y trabajo*.

⁴⁴ Decreto del 12 de diciembre de 1842, en *El Nacional*, 13 de diciembre de 1842.

como inadecuado.⁴⁵ Sin embargo, el decreto fue exitoso en la medida en que le dio al gobierno colorado una poderosa arma discursiva, la de que Montevideo estaba a favor de la libertad y de la humanidad, al proclamar solemnemente: “No hay esclavos en todo el territorio de la república”⁴⁶. Después de la proclamación, las muchedumbres reunidas en las galerías legislativas estallaron en “fervientes aplausos”⁴⁷. Un periódico celebró el decreto aduciendo que nada era más urgente que “el reconocimiento de los derechos que estos individuos tienen de la naturaleza, la Constitución y la opinión ilustrada de nuestro siglo”, aunque no debe olvidarse que en el resto de las Américas la opinión del siglo —en otras palabras, la fuerza de la modernidad— exigía la abolición completa, un componente clave de las reformas republicanas. El periódico continuaba diciendo que eran ahora los “hombres libres” los que defenderían “las libertades y la independencia de la nación”⁴⁸, y el editorial recordaba a los esclavos que habían sido los colorados los que habían “roto [sus] cadenas”⁴⁹. Las esperanzas de los legisladores y los editorialistas no fueron en vano. Aún más importante que la ventaja discursiva que proporcionó, el decreto logró levantar un numeroso ejército de hombres previamente esclavizados que lucharon con gran éxito por su propia libertad.

A los uruguayos de origen africano, esta crisis les proporcionó la oportunidad de obtener no solo la libertad legal, sino una inclusión más completa en la nueva nación. Los colorados no dudaron en enfatizar que los antiguos esclavos debían merecer su condición de hombres libres: “¡Esclavos! ¡Ya sois libres! ¡Pelead, esclavos, para ser señores!”⁵⁰. Pero no les ofrecieron solo libertad: sugirieron que después de la guerra, a los antiguos esclavos se les daría tierra y la tutela de sus mujeres y sus hijos, de modo que los soldados se convertirían en “propietarios” y “padres de familia”⁵¹. Un periódico anotó que los “soldados de color han comprado al precio de su sangre” su propia libertad, la de sus familias y la de la república, motivo por el cual, una vez concluida la guerra, se volverían “hombres libres” y “ciudadanos”⁵². Los colorados urgieron el nombramiento de un funcionario estatal que asegurara a las mujeres y sus hijos el trato como “pupilos” y no como esclavos, de modo que “nuestros conciudadanos”, ya como hombres libres, entendieran que el decreto era justo y no una farsa.⁵³ Los mismos hombres libres actuaron para terminar la tutela del gobierno sobre sus esposas, debido a la “incompatibilidad del pupilaje con

⁴⁵ *El Nacional*, 16 de diciembre de 1842; Andrews, *Blackness in the White Nation*, 32-36.

⁴⁶ Decreto del 12 de diciembre de 1842, en *El Nacional*, 13 de diciembre de 1842.

⁴⁷ *El Nacional*, 13 de diciembre de 1842.

⁴⁸ *El Nacional*, 13 de diciembre de 1842.

⁴⁹ *El Nacional*, 14 de diciembre de 1842.

⁵⁰ *El Nacional*, 14 de diciembre de 1842.

⁵¹ *El Nacional*, 14 de diciembre de 1842.

⁵² *El Constitucional*, 12 de mayo de 1845.

⁵³ *El Nacional*, 16 de diciembre de 1842.

el estado de casada”, y exigieron que sus hijos también fueran liberados.⁵⁴ Además, como estos hombres eran vitales para la supervivencia de Montevideo, a veces el Estado accedía a sus demandas.⁵⁵ Los antiguos esclavos tenían ahora un poder significativo, y la negociación entre las élites y los plebeyos configuraría poderosamente la modernidad republicana de América y, a su turno, sería configurada por esta.

Las exhortaciones de los colorados a los antiguos esclavos para que merecieran su libertad y reconstruyeran sus familias enfatizan la importancia del género en la determinación de la ciudadanía y la inclusión nacional. La raza desempeñó un papel igualmente destacado. Los colorados sugirieron que perdería trascendencia durante la guerra, argumentando que “blancos, cobrizos, rubios, negros, todos se mezclarán [...] en una misma falange para salvar la independencia nacional”⁵⁶. Prometieron también que los hombres no serían “despreciados por su color” y que la promoción al cuerpo de oficiales de la milicia se decidiría por el principio del “mérito”⁵⁷. Un periódico le dio mucha importancia al hecho de que Oribe, el líder de los blancos, se burlara del presidente Rivera, el líder de los colorados, por ser “mulato”⁵⁸. Los colorados advertían que si Rosas y los blancos triunfaban en la guerra, los hombres recién liberados serían esclavizados de nuevo y enviados a Brasil, “donde los pobres negros son tratados peor que los animales”⁵⁹. Cuando Oribe y los blancos crearon la figura del defensor legal de los menores y los esclavos en 1845, los colorados arguyeron que ni Oribe ni los blancos reconocían, por lo tanto, la emancipación que habían declarado y que los hombres libres volverían a la esclavitud. Los colorados leyeron el decreto de Oribe ante las unidades de los antiguos esclavos, recordándoles: “Vosotros tenéis armas y sabréis morir combatiendo antes que tornar a vivir bajo el látigo de un amo. ¡Guerra a muerte, hombres de color a los que han decretado volveros a vestir la librea del esclavo!”⁶⁰. Se puede sostener que la evidencia de que los blancos deseaban restaurar la esclavitud era bastante débil, por decir lo menos, pero desde el punto de vista de los soldados negros era más que suficiente para convencerlos de que no debían correr el riesgo. Los colorados combinaron las seducciones y prebendas legales, políticas, sociales y de género con la advertencia de que perder la guerra significaba que los antiguos esclavos, ahora hombres libres, volverían a la condición de menores de edad.

⁵⁴ El soldado Juan Uriarte solicitando casarse con Rita Méndez, 2 de marzo de 1846, AGNU-AGA, caja 967.

⁵⁵ El cabo José Antonio Masambique solicitando la libertad de su hija, Juana Masambique, Montevideo, 25 de enero de 1846, AGNU-AGA, caja 967. Hay otros casos similares en la misma caja.

⁵⁶ *El Nacional*, 14 de diciembre de 1842.

⁵⁷ *El Nacional*, 14 de diciembre de 1842.

⁵⁸ *El Nacional*, 21 de febrero de 1843.

⁵⁹ *El Nacional*, 14 de diciembre de 1842.

⁶⁰ *El Nacional*, 20 de enero de 1845.

Solo la victoria mejoraría su situación social, “haciéndolos cabezas de familia y ciudadanos libres de alma de hierro y frente de héroe”⁶¹.

Dadas las limitadas posibilidades de que disponían los esclavos recién emancipados, así fuera parcialmente, es posible que no tuvieran una opción distinta a la de luchar. Sin embargo, como vimos antes, aprovecharon la peligrosa situación de Montevideo para impulsar su propia agenda. Los colorados no daban por sentado que los milicianos de raza negra sirvieran a la causa, y sobre todo le sirvieran bien, si no tenían razones para hacerlo. Como el decreto que abolía la esclavitud era tan incompleto, los generales colorados temían que los soldados, en plenas operaciones, decidieran abstenerse de combatir si la declarada emancipación resultaba ser un truco o se incumplía. Cuando un periódico de Montevideo publicó un aviso en el que se anunciaba la venta de una “mulata”, el ministro de Guerra consideró que promover “la esclavitud de una persona libre” era un “escándalo”⁶². Los periódicos colorados reproducían regularmente los rumores acerca de que algunos amos contrabandearan montevideanos libres a Brasil con el propósito de convertirlos de nuevo en esclavos. El cónsul de la Banda Oriental en Río de Janeiro logró incluso liberar a tres “negras orientales” que sus antiguos amos habían vendido al capitán de un barco que luego las transportó a Brasil.⁶³ El Estado, como puede verse, no ahorró esfuerzos para mostrar que representaba los intereses de los combatientes de origen africano.

¿Sirvieron dichos esfuerzos? El decreto de abolición resultó bastante popular: en el momento en que se anunció, las multitudes gritaron “vivas” al gobierno.⁶⁴ Los políticos colorados celebraron privadamente el acto como una acertada decisión que inspiró el entusiasmo del pueblo y de los soldados.⁶⁵ Más importante aún que su provecho discursivo, centenares, si no miles, de hombres ahora libres se unieron a la Guardia Nacional y salvaron a Montevideo de una inminente derrota en manos del ejército de Oribe.⁶⁶ A los pocos días de haberse promulgado el decreto, entre ochocientos y mil esclavos liberados ingresaron a las filas de la Guardia Nacional.⁶⁷ Garibaldi los consideró componentes centrales del Ejército.⁶⁸

Sin embargo, ¿qué pensaban realmente los uruguayos de origen africano del decreto de 1842? Por supuesto, los que sufrían los horrores de la esclavitud

⁶¹ *El Nacional*, 17 de diciembre de 1842.

⁶² Melchor Pacheco y Obes, Ministerio de Guerra y Marina, al editor, en *El Constitucional*, 11 de marzo de 1843.

⁶³ *Comercio del Plata*, 27 de febrero de 1846.

⁶⁴ Comisario de la 7.^a sección de la Policía al Ministerio de Gobierno, Cerro, 13 de diciembre de 1842, AGNU-AGA, caja 941.

⁶⁵ Melchor Pacheco a Manuel Herrera y Obes, Mercedes, 15 de diciembre de 1842, AGNU-EAM, caja 39.

⁶⁶ *El Constitucional*, 3 de julio de 1843.

⁶⁷ *El Constitucional*, 22 de diciembre de 1842.

⁶⁸ Garibaldi, *Autobiography of Giuseppe Garibaldi*, 165.

lo aprovecharon para declararse libres. Mientras procuraba trasladar a algunos de sus “negros” de un sitio de trabajo a otro, un amo asesinó a uno de ellos porque se atrevió a decir que el decreto había terminado con la esclavitud en la república.⁶⁹ Sabemos que los libertos lucharon y utilizaron su estatus de defensores del país para mejorar sus condiciones. De ser auténtica, una carta supuestamente enviada desde “Masambiques, Banguelas y Congos” apoya la noción de que los uruguayos de origen africano pensaban que los colorados eran sus aliados: “[En] Masambique, Banguela y Congos todos los negros vamos a pelear por la patria y por el gobierno que nos ha dejado libres”. Los autores de la carta afirman: “Don Fruto Rivera nos ha dado la libertad y nos quita las cadenas”. Los blancos, a quienes también se les conocía como “los rosistas”, querían esclavizarlos de nuevo porque ahora gritaban “¡viva la libertad!” y “¡muera el tirano!”⁷⁰. La carta es una justificación casi perfecta (tal vez demasiado) de la estrategia de los colorados, que pretendían transmitir el mensaje de que los libertos luchaban por Montevideo, veían a los blancos como los representantes de la tiranía y de los amos y pensaban que Uruguay era ahora su patria. Nunca se sabrá si los uruguayos de origen africano creían que los políticos colorados eran manipuladores desesperadamente cínicos o verdaderos amigos de la libertad. No obstante, es clarísimo que los libertos aprovecharon la guerra para mejorar su situación y ser incluidos como ciudadanos en el nuevo orden. En términos generales, la guerra proporcionó muchas oportunidades para que los subalternos afirmaran su estatus y actuó como niveladora de ciertas distinciones sociales, de modo que los “pobres y [los] ricos” recibieran el mismo tratamiento y encararan las mismas dificultades.⁷¹ En esta guerra, negros y blancos combatían juntos y las compañías de los libertos y de la Legión Italiana defendían las líneas como una sola fuerza.⁷² En Montevideo vemos, en el crisol de la guerra, la creación de una nueva nación de blancos, mestizos, extranjeros y esclavos, y también la fusión de la fraternidad universal (sin consideraciones de raza), la abolición de la servidumbre, el republicanismo y una ciudadanía popular que, al menos por un tiempo, haría que la modernidad republicana de América fuera potencialmente emancipadora.

⁶⁹ *El Constitucional*, 17 de diciembre de 1842.

⁷⁰ La carta fue escrita en dialecto (he corregido la ortografía): entre otros cambios, la mayoría de las *rs* y *ds* se reemplazan por las *ls*, y muchas letras se omiten. Sospecho que fue escrita por alguien que trataba de imitar el acento español de los africanos en vez de ser el producto real de un hombre libre. Si es así, la carta sería una evidencia aún mayor del deseo de los colorados de reclamar crédito por la abolición. Véase *El Constitucional*, 15 de diciembre de 1842. Sin embargo, una aproximación escrita al dialecto parecida ocurre en otros recuentos. Véase *El Tambor de la Línea*, 1843 (no hay día ni mes).

⁷¹ *El Nacional*, 8 de febrero de 1843.

⁷² *El Constitucional*, 27 de febrero de 1845.

LOS PRIMEROS PASOS DE LA MODERNIDAD REPUBLICANA DE AMÉRICA

El discurso de los libertos y el de los voluntarios extranjeros, así como el discurso que infiltró la esfera pública de Montevideo durante la Guerra Grande, prefiguraron algunos de los elementos de la modernidad republicana de América: la fraternidad entre los pueblos y las naciones, la abolición de la esclavitud como marca de la libertad y del progreso y, aún más importante, la identificación del republicanismo y la libertad con la civilización. Por lo regular en son de burla, Rosas y Oribe acusaban a los colorados, debido a su dependencia de las legiones extranjeras, de ser ingenuos peones de los imperialistas europeos.⁷³ No obstante, los colorados desarrollaron una narrativa contraria, en la que los voluntarios foráneos desplegaban “la fraternidad que existe entre nacionales y extranjeros”⁷⁴; sostenían que no solo los individuos, sino también las naciones, debían practicar la fraternidad y consideraban que su guerra civil hacía parte de una lucha internacional por el derecho de los pueblos a ser libres, motivo por el cual eran muchos los ciudadanos del mundo atlántico que designaban a Montevideo con el apelativo de la “nueva Troya”⁷⁵. La abolición de la esclavitud se volvió asimismo un elemento distintivo a la hora de definir el republicanismo y la civilización. Una carta al editor de un periódico local, escrita inmediatamente después del decreto de 1842, argumentaba que la emancipación de los esclavos era “un tributo pagado a la civilización”, en concordancia con “los principios de igualdad que proclamábamos desde nuestra revolución gloriosa”⁷⁶. El ministro colorado de Guerra denunció la esclavitud como “la más bárbara de las instituciones”⁷⁷. El esfuerzo entero de la guerra demostraba la dicotomía no solo entre la esclavitud y su abolición, sino entre civilización y barbarie, lo que condujo en 1844 a los soldados a proclamar que combatían “para el sostén de la civilización y de la libertad”⁷⁸. La civilización podía significar mucho más que la riqueza, la cultura y las maneras de una élite; podía implicar también un alto grado de libertad humana. Discutiré estos tópicos con mayor profundidad en el capítulo IV, pero por ahora trataré el aspecto más desarrollado de la modernidad republicana de América en Uruguay: el reto al papel de Europa como maestra de la civilización.

La Guerra Grande comenzó en una coyuntura en la que los uruguayos mejor educados suscribían la ideología dominante de que Europa era la fuente de toda civilización, una posición intelectual más o menos hegemónica que

⁷³ *El Defensor de la Independencia Americana*, 2 de enero de 1847, 14 de abril de 1848.

⁷⁴ *El Constitucional*, 14 de junio de 1843.

⁷⁵ *El Siglo*, 7 de junio de 1882. Véase también Riall, *Garibaldi*, 41.

⁷⁶ Unos ciudadanos al editor, en *El Constitucional*, 17 de diciembre de 1842.

⁷⁷ Melchor Pacheco y Obes, Ministerio de Guerra y Marina, al editor, Montevideo, 10 de marzo de 1843, en *El Constitucional*, 11 de marzo de 1843.

⁷⁸ Petición de los oficiales y soldados de la Legión de Voluntarios, Montevideo, 11 de abril de 1844, en *El Nacional*, 17 de abril de 1844. Véase también *El Nacional*, 27 de septiembre de 1853.

exploraré en el capítulo siguiente. Para muchos uruguayos instruidos, caudillos como el argentino Rosas o el mexicano Antonio López de Santa Anna, a quien llamaban “el Rosas mexicano”, representaban la barbarie americana, que solo podía remediar la “civilización europea”⁷⁹. El éxito económico de Europa era envidiado por doquier, y no pocos intelectuales veían el lento progreso del Viejo Mundo hacia la monarquía constitucional y parlamentaria como un gran logro político.⁸⁰

Empero, en la medida en que la guerra se prolongaba, algunos colorados empezaron a difundir la idea de que la “civilización europea” hacía parte de la lucha global por “[la] libertad, [la] igualdad [y la] humanidad” del mundo entero. Europa ya no era única ni tampoco la progenitora de todo progreso, sino apenas uno de los ingredientes de un movimiento compartido hacia la modernidad, al que se oponían las fuerzas de la reacción y la barbarie. La lucha del Río de la Plata contra el régimen de “asesinato y barbarie” de Rosas era la continuación de las protestas populares llevadas a cabo “en las calles de París” durante la Revolución de julio de 1830, los combates de los españoles y los italianos contra “absolutistas” y “tiranos”, y los “meetings [encuentros] humanitarios” ocurridos en Inglaterra⁸¹. Otros colorados veían en las Américas la continuación del proyecto de la Revolución francesa. En 1843 Melchor Pacheco y Obes, ministro colorado de Guerra, se dirigió a los voluntarios franceses para urgirlos a que siguieran el ejemplo de sus ancestros, que habían destruido la “caduca monarquía” de su país. Añadió que los americanos retomarían las banderas de los “hombres libres” y las llevarían “desde la Pampa hasta el Chimborazo” para derrocar “el estandarte del conquistador”. Había llegado la hora de que europeos y americanos lucharan hombro a hombro: “Si caéis en el combate, nuestra sangre correrá fraternalmente con la vuestra”⁸². Aunque las palabras del ministro hablaban de un proyecto compartido de libertad, su implicación era que, teniendo en cuenta que la monarquía se había vuelto a instaurar en Francia, América había sobrepasado a Europa en el movimiento hacia una mayor libertad, que ya comenzaba a equipararse con la modernidad.

Al tiempo que la Guerra Grande se recrudecía y sus aliados europeos los abandonaban o los presionaban para que aceptaran un arreglo con Rosas y los blancos, algunos colorados empezaron a utilizar un tono más agresivo. Uno de sus periódicos escribió que “la civilización y la humanidad aún no ocuparon en los consejos de los gobiernos europeos el preferente lugar”⁸³. Otros se quejaban de que los europeos creían que la guerra en el Río de la

⁷⁹ *El Nacional*, 2 de mayo de 1845.

⁸⁰ *Comercio del Plata*, 1.º de octubre de 1845.

⁸¹ *El Nacional*, 5 y 7 de abril de 1843.

⁸² Discurso de Melchor Pacheco y Obes a “Voluntarios Franceses”, Montevideo, 25 de mayo de 1853, en *El Constitucional*, 26 de mayo de 1843.

⁸³ *El Hijo de la Revolución*, 2 de agosto de 1846.

Plata evidenciaba la barbarie de los americanos y agregaban que en “el centro mismo de la Europa civilizada” había estallado una sangrienta guerra civil en Suiza, cuyos ciudadanos supuestamente eran personas industriosas y pacíficas. Por lo demás, si los americanos miraban hacia Irlanda no verían más que “repetidas escenas de pillaje, de incendio, de violencias y de asesinatos”⁸⁴. En vez de aceptar que la superioridad europea era indiscutible, algunos americanos comenzaban a darse cuenta de que el Viejo Continente sufría los mismos abusos e injusticias que ellos.

Aunque muchos discursos enfatizaban las similitudes entre Europa y América en lo referente a sus luchas por la libertad, otros hacían hincapié en una de las diferencias fundamentales entre ambos lados del Atlántico: la que existía entre la república y la monarquía. Al valorar la influencia que los modelos europeos debían tener sobre las Américas, un periódico de Montevideo anotaba que, en vez de asumir que imitar a Europa conducía a una mayor civilización, los lectores debían comprender que “el principio americano de los gobiernos populares y electivos” era contrario al “principio europeo de la monarquía constitucional”. No obstante, el periódico también aseveraba que las nuevas naciones americanas necesitaban del capital y los inmigrantes del Viejo Continente.⁸⁵ Esta ambivalencia reflejaba la aceptación aún dominante de la modernidad eurófila y prefiguraba la tensión entre la modernidad política y la modernidad económica, que definiría el éxito o fracaso de la modernidad republicana de América. Otros colorados, a pesar de que afirmaban su apoyo a la igualdad racial, eran explícitamente racistas en su concepción de la civilización y no escapaban con facilidad de la hegemonía racial y eurocéntrica que hasta ese momento había definido lo que se entendía por civilización. Incluso un periódico promotor de un futuro sin distinciones de raza esperaba que abolir la esclavitud fomentara la inmigración desde Europa de una “población civilizada [y] blanca” que doblara pronto el número del resto de los habitantes del país.⁸⁶ El de la raza era el aspecto de la modernidad republicana de América que con mayor frecuencia y más estrechamente se ajustó al pasado colonialista y a las corrientes ideológicas que en Europa y América del Norte celebraban la blancura de la piel. En ocasiones, sin embargo, al promover el universalismo, las nacientes repúblicas americanas representaron el reto más radical a la hegemonía del racismo en el mundo atlántico.

Como lo discutiré en el próximo capítulo, la mayoría de los intelectuales públicos de América Latina, ante los problemas al parecer insolubles de muchos países de la región en la década de 1840, se mostraron reacios a reafirmar la superioridad del republicanismo. Tras examinar la situación del continente, el *Comercio del Plata* encontró que los “hispanoamericanos” se hallaban “en

⁸⁴ *Comercio del Plata*, 21 de enero de 1848.

⁸⁵ *Comercio del Plata*, 28 de febrero de 1846.

⁸⁶ *El Nacional*, 16 de diciembre de 1842.

un caos de anarquía y de desorden” y que se ahogaban “en un lago de sangre”. Este deprimente estado de cosas había llevado a algunos, especialmente en México, a ver en la monarquía la respuesta. No obstante, la solución no era el modelo de Europa, como urgían algunos periódicos europeos para el caso de México, sino la adopción de sistemas auténticamente republicanos en vez de las “mentidas repúblicas” instauradas hasta la fecha.⁸⁷ Otro ensayo publicado en el mismo periódico iba aún más lejos, al sugerir que la progresión natural de la monarquía al republicanismo pasaba por la necesidad de que los pueblos tomaran “en sus propias manos el gobierno”. El movimiento opuesto, de la república a la monarquía, sería extremadamente difícil, ya que los pueblos no deseaban renunciar a “la idea de su propia y exclusiva soberanía” para entregársela a “un hombre solo”⁸⁸. Este tipo de pensamiento implicaba, así no se expresara con la suficiente claridad, la progresión natural de la monarquía (el pasado) a la república (el futuro) en la “historia moderna”, logro que, como anota el autor, había sido conseguido en todas las antiguas colonias americanas, excepto Brasil, pero que a Europa aún le faltaba conquistar. El ensayo concluía llamando a los americanos a no seguir los “principios europeos”⁸⁹.

Unos cuantos escritores iban todavía más lejos. No solo creían que los americanos hacían parte de una lucha atlántica común por la civilización republicana, sino que ya muy pronto sobrepasarían a sus hermanos europeos. Un periodista, enfurecido porque los franceses parecían deseosos de firmar la paz con Rosas a expensas de Montevideo, manifestaba a sus compatriotas: “No son los franceses ni otros extranjeros los que nos han de dar [la] libertad ni [las] instituciones. De una y otra, gracias a nuestros propios esfuerzos, disfrutamos más y mejor que los franceses”, que no eran “más [que los] esclavos de Luis Felipe”, el entonces rey de Francia⁹⁰. Otros autores empezaron a sospechar que Europa, que había reprimido a sangre y fuego las revoluciones de Polonia e Italia, estaba incluso retrocediendo hacia el pasado: “Bajo el poder absoluto, ¿quién duda [de] que la especie humana retrogradaría en Europa?”⁹¹. Cuando el naufragio de las revoluciones continentales de 1848 se hizo evidente, el *Comercio del Plata* supuso que aunque el “pueblo de París” había dado grandes pasos hacia “la libertad”, “la civilización” y el “progreso inteligente”, había sucumbido porque “el espíritu del resto de [...] Europa no está preparado para la aceptación de las ideas republicanas”⁹². Una importante revelación había llegado: la de que el republicanismo, siendo una portentosa definición de la civilización, lo era también de la alta cultura y la riqueza, y este progreso encontró la bienvenida en América, en contraste con su hostil recepción en

⁸⁷ *Comercio del Plata*, 18 de mayo de 1846.

⁸⁸ *Comercio del Plata*, 20 de mayo de 1846.

⁸⁹ *Comercio del Plata*, 20 de mayo de 1846.

⁹⁰ *El Compás*, 5 de diciembre de 1840.

⁹¹ *El Compás*, 12 de mayo de 1841.

⁹² *Comercio del Plata*, 2 de enero de 1849.

Europa. En medio de la guerra civil y de la invasión de fuerzas extranjeras, los uruguayos no eran tan asertivos sobre su posición en el mundo como lo serían más tarde en el siglo, pero sentían que al optar por el republicanismo habían conseguido algo que a Europa todavía le faltaba.

ENSEÑANDO A EUROPA

Cuando un barco proveniente de Génova, en diciembre de 1847, trajo noticias frescas acerca de los nuevos movimientos liberales y antiaustriacos que estaban surgiendo en la península italiana, hubo una gran celebración en Montevideo. Garibaldi y algunos de sus hombres, desilusionados por las permanentes disputas internas de los colorados, se prepararon para continuar su revolución en Europa.⁹³ Al menos nueve uruguayos nativos, incluido “el pardo Aguilar”, acompañaron a Garibaldi a Italia.⁹⁴ A los pocos días de haberse embarcado, un periódico local saludó su “constancia y lealtad a la noble causa” que Montevideo había defendido⁹⁵, y ya en Italia, donde gozaba de un considerable prestigio debido a sus campañas en el Nuevo Mundo, su fama lo catapultó a la vanguardia de la lucha por la unificación y la independencia de su madre patria.⁹⁶ En su ausencia ya se habían publicado numerosos poemas, prohibidos por las autoridades, que encomiaban sus hazañas al frente de la Legión Italiana en América del Sur, y a su regreso la prensa europea empezó a llamarlo “el hombre de San Antonio”, en referencia a su más contundente triunfo militar en Uruguay.⁹⁷ Cuando las noticias de la batalla de San Antonio llegaron a Italia, una hoja volante florentina promovió una colecta destinada a premiar a los legionarios con una “espada de honor” para Garibaldi y medallas de plata para sus hombres. Un periódico de Montevideo reseñó la curiosidad de que la colecta se hiciera “bajo el poder de uno de los instrumentos de la opresión austríaca en Italia, a cuyos oídos ningún eco de libertad suena con agrado”⁹⁸. Los periodistas americanos ya no esperaban que las ondas de la Revolución francesa cruzaran el Atlántico; por el contrario, asumían que Europa esperaba oír los ecos de los clamores por la libertad provenientes del Nuevo Mundo. Los soldados comunes y corrientes iban aún más lejos.

⁹³ *Comercio del Plata*, 7 de diciembre de 1847; Scirocco, *Garibaldi*, 121-124.

⁹⁴ Manini Ríos, *Garibaldi*, 25.

⁹⁵ *El Conservador* (Montevideo), 19 de abril de 1848.

⁹⁶ Riall, *Garibaldi*, 46-58; Scirocco, *Garibaldi*, 125-137.

⁹⁷ *Comercio del Plata*, 8 de febrero de 1849. La mayoría de las biografías de Garibaldi no dan mucha importancia a sus aventuras en el Nuevo Mundo. Véanse, por ejemplo, Hibbert, *Garibaldi*; Riall, *Garibaldi*; Trevelan, *Garibaldi*. Para una versión más balanceada véase Scirocco, *Garibaldi*.

⁹⁸ *Comercio del Plata*, 3 de febrero de 1847. Véase también Riall, *Garibaldi*, 45-56.

Tras la partida de Garibaldi, la inmensa mayoría de sus soldados permaneció en Uruguay y comenzó a referirse a la Legión Italiana como la Legión Italiana-Oriental.⁹⁹ Las identidades eran fluidas en la nueva nación, y muchos de estos inmigrantes, al igual que sus camaradas libertos, invirtieron grandes esperanzas en un país que prometía convertir a los italianos en orientales, a los esclavos en hombres libres y a los pobres en ciudadanos. Los soldados que decidieron rehacer sus vidas en el Río de la Plata solicitaron en 1852 que el gobierno les diera la custodia del estandarte de la legión, citando el “servicio de la república” que habían prestado en la batalla del Salto. Los legionarios querían enviar el estandarte a Génova como un “ejemplo a los demócratas italianos”. Aunque sus compatriotas habían estado luchando contra el despotismo durante más de tres siglos, los legionarios afirmaban: “Esta bandera les enseñará que contra las muchas bayonetas de los tiranos [...] los hombres libres y verdaderamente republicanos puedan vencer”¹⁰⁰. Rara vez abrimos una ventana que nos permita contemplar la percepción de las clases subalternas acerca de los asuntos mundiales, en contraste con sus más accesibles preocupaciones en el ámbito local; pero las palabras de estos soldados demuestran que no solo los ricos y los educados tenían una opinión sobre la naturaleza del mundo en el siglo XIX y su fantástica evolución. Para estos soldados americanos, en sentido inverso al de la élite de letrados que discutiré en el próximo capítulo, América no era el estudiante de la civilización europea a la espera de que la ilustración y el progreso provenientes de Francia o Inglaterra bañaran las costas de Montevideo. Por el contrario, los soldados que en 1852 buscaban recuperar su estandarte instruyeron e inspiraron al Viejo Mundo, mostrándole cómo asegurar el progreso político mediante el fomento del tipo de revolución que ya había triunfado en el Nuevo Mundo, una idea destinada a convertirse en un elemento consistente de la modernidad republicana de América. Después de todo, fue en Uruguay, no en el Viejo Mundo, donde Garibaldi y los garibaldinos comenzaron a ponerse las vistosas camisas rojas que los volvieron famosos.¹⁰¹ Y como su vestimenta, sus ideas, su inspiración y sus esperanzas cruzaron el Atlántico de occidente a oriente.

⁹⁹ *El Conservador* (Montevideo), 19 de abril de 1848.

¹⁰⁰ Borrador de la carta escrita por miembros de la Legión Italiana al Gobierno nacional uruguayo [1852], MHN-CMHN, t. 1, 283.

¹⁰¹ *El Nacional*, 19 de febrero de 1845.

CAPÍTULO II

“UN PUEBLO INDIGNO DE VIVIR ENTRE LAS NACIONES CIVILIZADAS”: LAS CONCEPCIONES DE LA MODERNIDAD DESPUÉS DE LA INDEPENDENCIA, 1820-1850

LA CONFIANZA de los garibaldinos en su propia lucha republicana, unida a su sentido de que Europa necesitaba inspirarse en América, encontró muy poco eco en la mayoría de las concepciones de la modernidad anteriores a la mitad del siglo XIX. Las élites intelectuales tendían a buscar en Europa la fuente de la civilización, y hacia el decenio de 1840 ya se encontraban desesperadas ante el estado del progreso americano y no le tenían ninguna fe al potencial de las nuevas repúblicas. Fue en este período cuando los intelectuales latinoamericanos cimentaron su valoración de la cultura europea como algo no solo superior sino además ejemplar, y fue también durante esos años cuando empezaron a sembrar las primeras dudas acerca de la deseabilidad del republicanismo en sus sociedades. Estos pensadores desarrollaron una visión eurófila de la modernidad cultural, según la cual la mejor manera de progresar era imitar el modelo europeo de la alta cultura, incluidas en esta la riqueza, la propiedad, la urbanidad, la disciplina y, por supuesto, la blancura de la piel. En otros términos, la generación posterior a la Independencia sentó las bases de esa corriente de la modernidad que se encargaría de desafiar y contrarrestar continuamente, durante el resto del siglo, lo que he llamado *la modernidad republicana de América*. Al examinar el estado de las nuevas naciones, los ideólogos de la modernidad eurófila fueron incapaces de apreciar la riqueza de la civilización americana (¡si tal cosa existía!), lo que los llevó a proclamar con cierta melancolía que a juicio de Europa, el único lugar del mundo verdaderamente civilizado, las nuevas naciones americanas eran un fracaso.

El epítome de esta versión del pesimismo es el famoso *dictum* de Simón Bolívar: “La América es ingobernable [...] El que sirve una revolución ara en el mar”¹. El desespero de Bolívar terminó imponiéndose sobre el potencial de esperanza que había florecido inmediatamente después de la Independencia².

¹ Bolívar, “Letter to General Juan José Flores”, 146.

² Para la era de la Independencia véanse Adelman, *Sovereignty and Revolution*; Aguilar Rivera, *En pos de la quimera*; Annino, “The Ballot, Land and Sovereignty”; Breña, *El primer liberalismo español*; Colom González, *Relatos de nación*; Connaughton, Illades y Pérez Toledo, *Construcción de la legitimidad*; Guerra, *Las revoluciones hispánicas*; Halperín Donghi, *The Aftermath of Revolution*; L. Johnson, *Workshop of Revolution*; Lasso, *Myths of Harmony*; Múnera, *El fracaso de la*

El Farol de Puebla, aunque seguía reconociendo la tutela de la “Ilustración europea”, declaró en 1821 que América —el antiguo discípulo— se había convertido en el profesor y que los americanos se hallaban “en estado de dar lecciones a la Europa misma, y la providencia parece destinarlos para ser de aquí [en] adelante los maestros y los reformadores del mundo”³. *La Minerva Guanajuatense* reflejaba también ese optimismo provincial: predecía que las industrias mexicanas sobrepasarían a las europeas en poco tiempo y observaba que el país no tenía nada que envidiarle a Inglaterra.⁴ De manera un tanto burlona, el periódico comentaba la atmósfera pública que despreciaba a la “decrépita Europa” en favor de los hombres de la “joven América”, los cuales “nacieron para enseñar al mundo lo que [son] la libertad y el patriotismo”⁵. La invasión de España a México en 1821 provocó himnos triunfales que evocaban las “virtudes republicanas” en contraste con la “degradante esclavitud” que reinaba en España, gobernada por un “bárbaro Señor”⁶. Dicha confianza en el papel modernizador de América, destinada a contrarrestar la barbarie imperante en Europa y sobre todo en España, sería pronto una rareza, una flor de un día, pero reaparecería como el tópico central de la modernidad republicana de América después del medio siglo.

El pesimismo de Bolívar se hizo más patente al finalizar la década de 1820, cuando continuó mirando a la América española con disgusto y desesperación por la anarquía, el caos, la corrupción y el atraso generalizado de las nuevas naciones y de sus sistemas republicanos. Para Bolívar, la América española no se estaba moviendo hacia la modernidad, sino que iba en retroceso hacia una tierra dominada por “antiguos señores”⁷, y su pensamiento no albergaba mayores esperanzas: “De un cabo a otro, el Nuevo Mundo parece un abismo de abominación”⁸. El régimen republicano era una farsa y las nuevas naciones, un fracaso.⁹ En síntesis, América, lejos de ser la vanguardia de la modernidad, corría el riesgo de convertirse en “la burla del mundo”¹⁰. Bolívar añoraba “la sabiduría y la experiencia” de Europa, y de la Gran Bretaña admiraba su monarquía constitucional, que consideraba superior a cualquier innovación

nación; Quijada Mauriño, “From Spain to New Spain”; Rodríguez O., “The Emancipation of America”; Staples, “La modernidad decimonónica”; Thibaud, *Repúblicas en armas*; Van Young, *The Other Rebellion*; Warren, *Vagrants and Citizens*.

³ *El Farol*, 4 de octubre de 1821.

⁴ *La Minerva Guanajuatense*, 24 de septiembre de 1829.

⁵ *La Minerva Guanajuatense*, 28 de mayo de 1829.

⁶ *Rasgo patriótico*, folleto en AHMRG-FEM, n.º 417.

⁷ Bolívar, “A Glance at Spanish America”, 98.

⁸ Bolívar, “A Glance at Spanish America”, 99.

⁹ Bolívar, “A Glance at Spanish America”, 101.

¹⁰ Bolívar, “A Glance at Spanish America”, 102. Véase también Aguilar Rivera, *En pos de la quimera*, 167-201.

americana.¹¹ En la década de 1860, la esfera pública celebraría a América como el futuro del mundo, pero en la de 1830, en vez de moverse hacia el futuro, al Libertador le parecía que lo más probable era que América “volviera al caos primitivo”¹².

Los sucesivos desengaños de Bolívar con el republicanismo, y con las realidades y perspectivas de la civilización americana, se generalizaron pronto en casi todos los países de América Latina y con el tiempo se convirtieron en la narrativa maestra de la intelectualidad de la época. Una narrativa que, desde luego, nunca dejó de ser retada por los *letrados* de otras narrativas. Al acercarse el fin del decenio de 1820, la caótica situación política había roto cualquier asomo de esperanza en México, donde interminables guerras civiles y constantes golpes de Estado crearon una presidencia de puertas giratorias en la que los jefes del poder ejecutivo gobernaban en promedio durante menos de un año. Para no mencionar otros ejemplos, el caudillo Antonio López de Santa Anna asumió el cargo en once ocasiones diferentes entre 1833 y 1855.¹³ En la esfera pública del discurso político de todos los días, los periódicos advertían que “los apóstoles de la anarquía, la sedición y el desorden” habían corrompido tanto al pueblo con su demagogia que México se encontraba al borde de una “desmoralización total de la sociedad”¹⁴. Los editores declaraban que “la república declina[ba] visiblemente”, tal como indicaban el colapso de la “confianza pública” y el aumento de las fugas de capital.¹⁵ Debido al deterioro del respeto a la propiedad privada y las libertades individuales, prevenían contra “la ruina de la república” y “los horrores de un bárbaro despotismo”¹⁶.

Sobra añadir que México no era el único país que padecía una situación similar. Al tiempo que el joven Estado se enfrentaba a otro levantamiento armado en 1832, un escritor comunicó a sus lectores que si el caos continuaba, México entraría “en una anarquía militar acaso más perniciosa que la de Colombia”¹⁷. Aunque habían sido optimistas en 1825, hacia 1827 los editores de *El Observador de la República Mexicana* ya no pensaban que la nación se había movido hacia la modernidad, sino que había experimentado un “fatal retroceso”¹⁸. A mediados del decenio de 1840, muchos observadores encontraban que la situación no había mejorado. En la todavía colonial Cuba,

¹¹ Bolívar, “Letter to Colonel Patrick Campbell”, 173. Véanse también Bushnell, “Introduction”, XLII; Racine, “This England and This Now”; Rojas, *Las repúblicas de aire*, 334-349.

¹² Bolívar, “Letter to General Juan José Flores”, 146.

¹³ Para este período véanse Di Tella, *National Popular Politics*; Rodríguez O., *Mexico*; Rojas, *Las repúblicas de aire*; Stevens, *Origins of Instability*; Van Young, *Writing Mexican History*; Wasserman, *Everyday Life and Politics*.

¹⁴ *El Observador de la República Mexicana*, 6 de junio de 1827.

¹⁵ *El Observador de la República Mexicana*, 6 de junio de 1827.

¹⁶ *El Observador de la República Mexicana*, 5 de septiembre de 1827.

¹⁷ *Los Amigos del Pueblo*, 8 de febrero de 1832. Véase también *El Genio de la Libertad*, 8 de junio de 1832.

¹⁸ *El Observador de la República Mexicana*, 7 de noviembre de 1827.

El Diario de la Marina informaba acerca de una guerra inminente entre México y Estados Unidos, continuos golpes militares en América Central, los caudillos que gobernaban Perú y el conflicto bélico entre Buenos Aires y Montevideo, y para concluir señalaba: “Tal es el triste cuadro que ofrece el continente americano”¹⁹. *El Constitucional* de Uruguay estuvo de acuerdo y manifestó que no había nada más “melancólico y deplorable” que la situación del Nuevo Mundo en ese momento.²⁰ Bolívar, quien solía imaginarse a sí mismo como una Casandra solitaria, presagió los temores, la incertidumbre y el desencanto que dominó la esfera pública después de que las primeras promesas de la Independencia se desvanecieran en el aire.

LA MODERNIDAD CULTURAL EURÓFILA

Si Bolívar fue el epítome del pesimismo y la desilusión con el régimen republicano en los años inmediatamente posteriores a la Independencia, Domingo Faustino Sarmiento fue quien, en 1845, proporcionó la base intelectual para analizar los problemas de las nacientes naciones americanas mediante su famosa dicotomía entre civilización y barbarie.²¹ Sin embargo, mientras a Bolívar lo abatió la desesperanza al final de su vida, Sarmiento se mostró más optimista. No hubiera estado en desacuerdo con la mayoría de los juicios de Bolívar acerca de los problemas que aquejaban a los países de América, pero pensaba que dichos problemas eran corregibles si los americanos seguían el camino adecuado y aspiraban a conquistar los beneficios de la civilización europea. Al igual que Bolívar, se oponía al corrupto liderazgo político que se había apoderado de los nuevos gobiernos del continente y en particular de su natal Argentina, donde Juan Manuel Rosas fue la figura dominante entre 1835 y 1852. En su opinión, Rosas estaba condenando a sus compatriotas a hundirse en el atraso debido a su hostilidad hacia “las ideas, costumbres y civilización de los pueblos europeos”²². Sarmiento construyó una dicotomía entre las ciudades, donde se desarrollaban “los últimos progresos del espíritu humano”, y la barbarie del sector rural.²³ Era en las ciudades donde existía la civilización europea y de ellas fluiría la modernidad: “El hombre de la ciudad viste el traje europeo y vive la vida civilizada tal como la conocemos en todas partes: allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etcétera”²⁴. En el campo, por

¹⁹ *Diario de la Marina*, reimpresso en *El Constitucional*, 8 de mayo de 1845.

²⁰ *El Constitucional*, 9 de mayo de 1845.

²¹ Goodrich, “*Facundo*”; Halperín Donghi *et al.*, *Sarmiento*; Katra, *The Argentine Generation of 1837*; Shumway, *The Invention of Argentina*; Villavicencio, “Republicanism y americanismo”.

²² Sarmiento, *Facundo*, vol. 1, 14.

²³ Sarmiento, *Facundo*, vol. 1, 12.

²⁴ Sarmiento, *Facundo*, vol. 1, 57. Véase también Vázquez, “Europa desde América”.